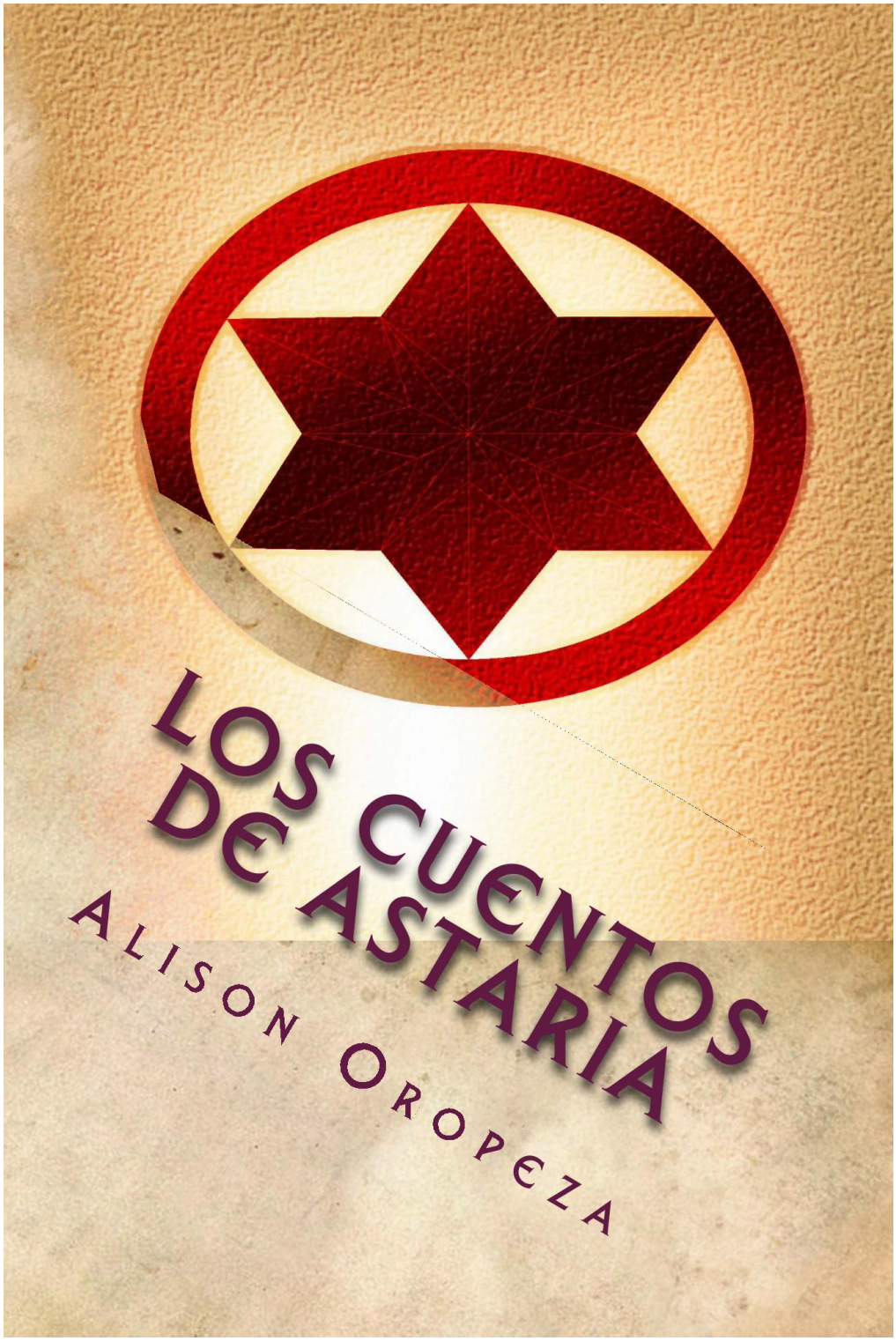
Los Cuentos de Astaria, Parte I

Alison Oropeza



Capítulo 1

Prólogo

Más allá de todo lo imaginable.

Más allá de todo lo que hemos visto, tocado y escuchado.

Más allá de todo lo que nos atrevemos a creer.

Más allá de todo lo que conocemos, se encuentra otro mundo diferente al nuestro. Un mundo donde abundan las criaturas fantásticas y las artes mágicas.

Un mundo conocido como Elven World.

Dividido en siete Reinos, Elven World albergaba sitios que sólo podrían existir en la imaginación de los humanos, criaturas que sólo pueden encontrarse en aquella otra dimensión.

Elven World estaba dividido en siete tierras conocidas como reinos o imperios. Cada uno era protegido por una Estrella y a su vez era gobernado por un elfo rey o una elfa reina. Los monarcas y todos los miembros de la familia real de cada reino, así como todos y cada uno de los nobles, portaban con orgullo un par de finas alas traslucidas en la espalda que los distinguía entre su población y los diferenciaba de los plebeyos. Todos los monarcas eran en extremo bondadosos y gentiles con su gente.

Elven World era un mundo perfecto.

Sin embargo, existía también un lugar de sombras, un aterrador sitio que contrarrestaba la paz.

Situado al otro lado de un inmenso océano, se encontraba el Dark Kingdom, un lugar habitado por criaturas de obscuridad, demonios y todo tipo de seres terribles, asesinos y sanguinarios. El elfo rey del Dark

Kingdom, un terrible hechicero despiadado de nombre Taulún, declaró la guerra a los Siete Reinos pues estaba sediento de poder. Para su infortunio, los Siete Reinos unieron fuerzas y con la participación de cada uno de los Siete Monarcas, formaron una alianza que ellos mismos llamaron: La Orden de las Siete Estrellas.

La guerra que se desató dejó a Astaria en el medio, siendo el más grande y con mayor ventaja militar de entre los Siete Reinos. El malvado hechicero intentó conquistarlo, pero fue saboteado por las estrategias militares de la Gran Reina Alicia, la elfa reina de Astaria.

Aquella mujer, la Gran Reina Alicia, tenía una hermana gemela que era apenas unos segundos menor que ella y un hermano dos años más chico que ambas. El nombre de su hermana era Dakota y el nombre de su hermano era Horus. La princesa Dakota era una fiera guerrera, al igual que su hermana, y sentía un gran rencor destructivo hacia su hermana Alicia por haber sido la elegida para heredar el trono, cosa que para Alicia era evidente y, a la vez, la situación le era indiferente a pesar del dolor que le provocaba saber lo mucho que su hermana menor la detestaba.

Cuando la Gran Reina Alicia venció a Taulún, hubo un par de años de paz entre los Siete Reinos. Hasta que una noche y sin previo aviso, Astaria fue atacado por una armada de Sombras, habitantes del Dark Kingdom.

La Orden de las Siete Estrellas envió soldados y todo tipo de criaturas para combatir a las Sombras aunque, para su infortunio, no fueron suficientes para abatir a todos sus enemigos. Y misteriosamente, al finalizar aquella batalla, la Gran Reina Alicia y la princesa Dakota desaparecieron sin dejar rastro.

Se produjo una terrible agitación en la Orden de la Siete Estrellas, y aún mayor entre los Siete Reinos, cuando se determinó que la Gran Reina Alicia no estaba en ningún sitio conocido de Elven World. Había rumores de que había muerto en la batalla y su cuerpo se había perdido. Otros más decían que se había ocultado en alguna de las otras Siete Dimensiones.

Astaria entró en un tiempo de crisis ya que la Gran Reina Alicia no había dejado a un sucesor al poder, exceptuando a su sobrina Swan que era la hija primogénita del príncipe Horus. Pero la princesa Swan tenía pocos días de haber nacido cuando la Gran Reina se esfumó y las leyes impedían que nadie tomara el Trono de otro Monarca, a no ser que fuese su primogénito legítimo y fuera mayor de veintiún años. Y, en el exclusivo caso de una princesa, debía cumplir con el requisito de haber contraído matrimonio con un noble.

Sin un monarca que subiera al trono, Astaria tuvo que depender de la protección del resto de los miembros de La Orden de las Siete Estrellas. Con el paso del tiempo, la oscuridad iba apoderándose poco a poco de

cada territorio conocido de Elven World, exceptuando Astaria que se había mantenido firme y no les había permitido tomar el control de sus tierras.

Cansados de no poder defenderse, pues carecían de la ayuda de una gran estratega militar como lo era la Gran Reina Alicia, un grupo de seis jóvenes y valientes guerreros formaron un pequeño ejército llamado Los Rebeldes Orión, cuyo nombre provenía de la Estrella que protegía a su reino.

Los Rebeldes Orión fueron acusados por el príncipe Horus de promover la anarquía y terminaron siendo perseguidos por la propia armada de Astaria. Los jóvenes guerreros se vieron obligados a ocultarse en un pequeño campamento protegido por hechizos y fuerza bruta, cuya ubicación era conocida únicamente por quienes lo habitaban. Y cuando la reina del Dark Kingdom, Aythana, llegó a usurpar el trono de Astaria, tomó también a los Rebeldes Orión como principales enemigos, decidida a darle muerte a cada uno con sus propias manos. Con el paso de los años, los seis fundadores de los Rebeldes Orión fallecieron sin ver el regreso de la Gran Reina Alicia, dejando a sus seis descendientes para que lideraran la Rebelión en contra del Dark Kingdom y la usurpadora del trono. De esa manera hubo nuevamente seis instigadores de los Rebeldes Orión que sólo podían seguir luchando sin descanso, esperando el regreso de su tan esperada monarca.

Y la Gran Reina Alicia, que no estaba en Elven World, había ocultado su alma en el cuerpo de una pequeña niña humana, consciente de que cuando el recipiente de su espíritu cumpliera los diecisiete años, sería transportada irremediablemente a Astaria para liderar la batalla final contra las Sombras y liberar su reino de las fuerzas del mal.

Capítulo 2

I

Una pequeña casa irlandesa a mitad del bosque, la misma rutina monótona de todos los días. La misma adolescente rebelde que no escuchaba instrucciones, la misma madrastra agresiva y llena de odio hacia una hija que tenía bajo a su cuidado y no llevaba ni una gota de su sangre. En esa pequeña casa vivían Leve y Alice Orchide.

Leve era una importante empresaria que tenía que tomar dos autobuses para poder llegar a su oficina en el centro de la ciudad. Era una mujer en extremo hostil con todos los que la rodeaban. Siempre iba caminando con la frente en alto, fulminando con la mirada a todo aquel que se le acercara. Era el polo opuesto de Alice, quien era una jovencita amable y amigable con todo el mundo. Siempre llevaba una sonrisa en el rostro, incluso cuando su madrastra intentara hacerla sentir como insecto, cosa que ocurría diariamente. La madre biológica de Alice había muerto durante el parto, de forma que la chica fue criada por su padre, Anthony Orchide. Pocos días después del décimo cumpleaños de Alice, Anthony conoció a Leve en una cena para la empresa donde ambos trabajaban. Se enamoraron y celebraron sus nupcias al cabo de dos años. Seis meses después, el padre de Alice tuvo un terrible accidente automovilístico y falleció, dejando a su hija al cuidado de su segunda esposa.

Al principio, durante los primeros meses, Leve pretendía enviar a la pequeña Alice a un internado en Gran Bretaña, aunque un leve atisbo de su instinto maternal consiguió vencerla y así, terminó por aceptar que se quedara en casa.

Leve y Alice no se llevaban nada bien, no querían intentarlo siquiera. Siempre era una lucha por ver quien tenía más control sobre la vida de la otra. Si Leve castigaba a Alice, la chica escapaba de casa por la ventana de su habitación. Si Alice pedía un momento a solas en su dormitorio, Leve la obligaba a estar bajo su supervisión.

Alice tenía un espíritu indomable tras esa fachada de inocencia. Ella era una chica esbelta y con un cuerpo tan grácil como el de un felino, aunque en ocasiones podía ser tan torpe que sus conocidos solían decir que era tan torpe como una roca. Su cabello era largo, lacio y de color negro azabache, que cuando estaba bajo los rayos del sol adquiría una tonalidad azulada apenas visible. Su piel era tersa y blanca como la nieve, sus rasgos eran finos como los de una muñeca de porcelana. Sus ojos eran grandes y de color turquesa, sus labios eran delgados y siempre los llevaba adornados con un poco de brillo labial de color rosa. Tenía cualidades increíbles: era protectora con sus seres queridos, valiente incluso cuando el miedo la dominaba, y sobre todo, siempre se mantenía firme en sus decisiones, se defendía como una fiera leona cuando alguien intentaba hacerle daño.

Cada verano, Alice trabajaba con la señora Stewart, una anciana que tenía una pequeña granja. El trabajo de Alice consistía en alimentar a los animales y hacer una que otra tarea como limpiar las ventanas, sacar la basura o ayudar a preparar la cena.

Alice era atormentada por terrores nocturnos. Durante un periodo que duró casi seis meses, Alice despertaba a mitad de cada noche pues escuchaba que alguien estaba tocando a su ventana. La habitación de la chica quedaba en el segundo piso, de forma que le parecía imposible que eso estuviera ocurriendo. Tenía que sacar la cabeza por su ventana para averiguar de dónde provenía el sonido y todo lo que veía siempre era a un lobo de color negro, cuyos resplandecientes ojos amarillos la miraban fijamente durante un par de minutos, para luego desaparecer en la obscuridad de la noche. Y aunque comenzaba a creer que era paranoia por las visiones de aquel lobo, estaba segura de que todas las mañanas cuando partía hacia la granja de la Señora Stewart veía a un lobo pardo que también la miraba fijamente durante un par de minutos antes de desaparecer.

Aquella mañana, cuando inició el día del decimoséptimo cumpleaños de la chica de los ojos color turquesa, Leve fue despertada desde las seis de la mañana cuando escuchó a Alice en la cocina. Se sentó en la orilla de su cama y se talló los ojos con los nudillos para despejarse soltando el mismo improperio de siempre:

—Chiquilla idiota.

Se cubrió con una bata de color azul marino, se calzó unos zapatos de dormir del mismo color y bajó las escaleras hasta la cocina. Logró percibir el aroma de panqueques recién horneados y café instantáneo. Abrió la puerta de la cocina y vio a Alice sentada a la mesa, leyendo el periódico del día y bebiendo una taza de café negro recién hecho. Frente a ella, sobre la mesa, había un plato de panqueques cubiertos con miel de

maple.

—Buen día, Leve —saludó la chica sin dirigirle la mirada, con una mano movía en círculos una cuchara dentro del café.

— ¿Por qué despertaste tan temprano? —preguntó su madrastra con desdén y procedió a caminar hacia la cafetera que seguía funcionando.

— ¿Te desperté? —Preguntó Alice con un falso dejo de inocencia—. Esa no era mi intención, discúlpame —le sonrió, aunque su verdadera intención había sido todo lo contrario.

—No respondiste mi pregunta —le espetó Leve tras haber servido su taza de café, miró a Alice con severidad y repitió—: ¿Por qué despertaste tan temprano?

—Le prometí a la señora Stewart que iría temprano a su granja —respondió Alice dándole un sorbo a su café—. Por cierto, Leve, ¿recuerdas qué día es hoy?

—Sábado —respondió Leve despreocupada.

Alice bajó el periódico para fulminar a Leve con la mirada. Sintiéndose enfurecida, herida y decepcionada, sólo podía preguntarse: ¿cómo había olvidado aquella mujer que ese día era su cumpleaños?

—No me mires así.

Leve se había molestado.

—Es increíble —reclamó Alice indignada. Se levantó de golpe derramando un poco de café sobre la mesa de caoba y añadió—: ¿Cómo pudiste olvidarlo, Leve?

Dos meses atrás le había obsequiado un hermoso collar de perlas a Leve por su cumpleaños, aunque no estaba obligada a hacerlo y la única razón para obsequiarle algo era había sido un arranque de amabilidad. ¿Cómo podía esa mujer, siendo así la situación, olvidar el cumpleaños de Alice?

— ¿De qué hablas? —preguntó Leve, aunque la verdad era que no quería saberlo.

— ¿Cómo puedes olvidar que día es hoy? —repitió Alice levantando un poco la voz.

— ¿Es importante para mí? —devolvió Leve con indiferencia.

Alice separó los labios para responder, pero tuvo que contenerse cuando fue invadida por un desagradable recuerdo. La última vez que había soltado el improperio que amenazaba con brotar de su boca, Leve le había soltado una fuerte bofetada que le dejó la mejilla roja durante un par de días.

Así que en lugar de entrar en una discusión de la que no podría salir nada bueno, agachó la mirada y salió de la cocina sin haber probado un solo bocado de su desayuno. Tomó su bolso, que colgaba del perchero que había en el recibidor, y salió de la casa azotando la puerta tras de sí. Leve reaccionó ante aquel desplante con total tranquilidad e indiferencia y procedió a preparar su propio desayuno.

Alice salió por la verja que delimitaba su propiedad soltando cada improperio que se le ocurría en contra de su madrastra. Una pregunta rondaba en su cabeza, dando mil y un vueltas como si quisiera llamar la atención de Alice a gritos: ¿Por qué su padre la había dejado bajo el cuidado de una mujer que no la quería? Comenzaba a hundirse en un estado depresivo, mismo que le disgustaba a sobremanera. Aunque Alice Orchide era una chica muy alegre, percibía su vida de una forma en verdad miserable.

Siguió encaminándose hacia la granja de la señora Stewart, intentando dejar de torturarse a sí misma con esos pensamientos y luchando contra el incipiente nudo que había aparecido en su garganta, hasta que se vio obligada a detenerse en seco cuando escuchó un extraño sonido. Se giró lentamente y vio, para su horror, que un animal seguía sus pasos.

Se trataba del mismo lobo negro que ella veía todas las noches.

El imponente animal la miraba como si la chica fuese un bocadillo listo para darle un mordisco, se agazapó y soltó un gruñido amenazador.

Alice se quedó paralizada en su lugar a causa del miedo, aunque pronto pudo reaccionar sólo para soltar un fuerte grito cuando el lobo negro saltó hacia ella con las fauces abiertas. Cayó de espaldas al suelo con los ojos cerrados, esperando el inminente momento en el que las fauces del lobo atraparan su cuello.

No sintió ningún arañazo, no logró percibir ningún colmillo clavándose en su piel. En su lugar, escuchó un segundo gruñido que se unió a la contienda y sintió el calor de un suave y sedoso pelaje que pasó cerca de su rostro. Abrió los ojos finalmente y vio a un fornido e imponente lobo pardo luchando con mordidas y zarpazos contra el lobo negro. La chica no se atrevía a mover un solo musculo, aunque por dentro escuchaba una

vocecita que decía: ¡Corre!

El lobo pardo asestó una mordida el cuello del lobo negro haciendo que éste soltara un chillido. Gimiendo lastimeramente, el lobo negro se alejó de ellos a toda velocidad y se perdió entre el follaje. El lobo pardo miró a Alice con ese par de bellos ojos de color marrón. La chica quiso articular una palabra, pero en ese momento el lobo habló con voz grave:

— ¿Se encuentra bien, señorita?

Alice abrió los ojos cuanto estos le permitieron y se quedó sin habla. El lobo se acercó a ella hasta que su nariz pudo rozar la mejilla de la chica, ella se quedó tan quieta como una estatua. Le dio un leve empujón para hacerla reaccionar, pero para ella fue imposible reaccionar.

El lobo volvió a mirarla a los ojos e intentó de nuevo:

— ¿Señorita, se encuentra bien?

Su voz grave resonaba en los oídos de Alice, ella supo al instante que esa voz se quedaría para siempre grabada en su memoria. Los músculos de la chica estaban tensos y no podía levantarse. Y a pesar de eso, sólo le tomó un par de segundos lograr reunir las fuerzas para hablar:

—Hablaste…

El lobo pardo emitió un sonido semejante a una risa y se dejó caer a los pies de la chica hablando con la misma voz:

—No has perdido el habla, me alegro.

Alice estaba horrorizada.

¿Acaso se había vuelto loca? ¡Estaba hablando con un lobo!

La bestia se sentó a un lado de la chica. Era mucho más grande de lo que a Alice le había parecido al verlo pelear contra el lobo negro. Su pelaje se notaba tan suave y brillante que Alice no pudo evitar acariciarlo, siempre con el temor de que el lobo le arrancara la mano de un mordisco. Ella pensaba que todo el asunto se trataba de un simple sueño, aunque aquella misma voz interna le decía a gritos que todo era una realidad. Aquél lobo le provocaba tanta curiosidad que le fue imposible reprimir la pregunta:

— ¿Dónde aprendiste a hablar?

—Los lobos hablan en el lugar de donde yo vengo —respondió él.

— ¿Tienes nombre? —preguntó la chica.

—Flarium.

—Flarium, me gusta —sonrió la chica—. Y… El lobo negro, ¿era amigo tuyo?

—Su nombre es Jarko —explicó Flarium tras haber negado con la cabeza—. Es un asesino, tú eras su objetivo.

Aquello a la chica le pareció absurdo, más absurdo que el simple hecho de estar conversando con un lobo.

—En ese caso, te agradezco que estuvieras cerca para protegerme de él —sonrió ella y le dedicó otra caricia al suave pelaje marrón del lobo—. ¿Cómo podré pagártelo? —Hizo una pausa para considerarlo y cuando lo supo, dijo dando una palmada—: ¡Ya sé! ¿Qué te parece si te cocino algo? Seguramente no estás acostumbrado a comer comida casera.

—No tienes que pagar nada —dijo Flarium tras negar nuevamente con la cabeza y se levantó. Le dedicó una cálida mirada a Alice y para sorpresa de la chica, su rostro pareció esbozar una sonrisa—. Yo siempre estaré aquí para protegerte.

Y así, sin más, el lobo se alejó, dejando confundida a la chica.

Aquella noche, luego de haber pasado un día más o menos normal de trabajo en la granja de la señora Stewart, Alice se encontraba en su habitación.

Se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con la única compañía de un pequeño pastelillo de chocolate en el cual había colocado una vela de cumpleaños.

La chica apagó las luces del dormitorio y encendió la vela con un fósforo. Sintiéndose ridícula, y tremendamente solitaria, tarareó la canción del feliz cumpleaños para sí misma. Al terminar, se quedó mirando la luz de la vela por unos segundos con aire nostálgico.

—Te extraño, papá —dijo para sí misma con un dejo de tristeza y sintió que un par de lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos.

La chica suspiró, deseando que eso fuera suficiente para ahuyentar la oleada de recuerdos, y apagó la vela de un soplido. Al quedarse totalmente a oscuras, hubo un momento de silencio que le transmitió un poco de calma. Calma que se esfumó cuando pudo escuchar claramente el

gruñido de un animal fuera de la ventana. Se levantó con cautela, se acercó lo suficiente para retirar las cortinas e inclinarse sobre el alfeizar, miró hacia abajo y… Se llevó un susto de muerte.

El lobo negro había vuelto.

El miedo la paralizó por un instante, pero se recuperó al recordar que el lobo no podía dañarla estando dentro de la casa. Especialmente si estaba resguardada en el segundo piso. Aún así, soltó un grito cuando el lobo dio un salto y trepó a la ventana mostrando sus fauces, gruñendo e intentando entrar a toda costa. Alice retrocedió aterrada, no podía pensar en nada que no fueran las enormes fauces asesinas del lobo que quería devorarla.

Por arte de un milagro, el lobo negro soltó un chillido y cayó al suelo. Alice, recuperándose del terror que le atenazaba el corazón con fuerza, miró de nuevo hacia abajo.

Flarium estaba ahí y había llegado al rescate.

Alice se mostró aliviada por un minuto entero, al menos hasta que el lobo negro le propinó una grave mordida al cuello de Flarium, provocándole así una herida que comenzó a sangrar abundantemente. Víctima de la impotencia, Alice miró cómo el lobo negro echaba a correr para escapar seguido por Flarium.

Consciente de que su nuevo amigo no duraría mucho en ese estado, la chica saltó por la ventana. Cayó al suelo y soltó un improperio al sentir sus piernas aullar de dolor a causa del impacto. Se recuperó casi inmediatamente y siguió a ambos lobos, corriendo sin parar a toda velocidad.

De muerte fue su sorpresa al ver que el lobo negro había conducido a Flarium hasta algo semejante a un vórtice de colores brillantes oculto en alguna parte del bosque.

Ambos lobos atravesaron las luces brillantes sin titubeos.

La chica no se detuvo. Decidida, dio un salto dentro del vórtice exclamando el nombre del lobo pardo y se vio cegada por una intensa luz de color blanco.

Inestable, el vórtice desapareció.

Y de aquella chica británica, nunca volvió a saberse nada.

Capítulo 3

II

Cuando Alice pudo abrir los ojos, sintió que había estado dormida mucho tiempo.

Todo su cuerpo dolía como si hubiera pasado demasiadas horas en una posición incómoda. Se incorporó lentamente, quejándose de un intenso dolor de espalda. Sólo entonces se dio cuenta de que se encontraba sobre una superficie cubierta de césped cubierto por una capa de rocío, a su alrededor sólo podía ver frondosos árboles y flores silvestres. El cielo en aquel lugar era de un hermoso color azul y estaba totalmente libre de nubes. Se puso de pie con torpeza y se preguntó si acaso se había quedado dormida a la intemperie luego de perseguir a los dos lobos durante la noche anterior. Miró en todas direcciones para buscar a Flarium o el camino que la llevaría de vuelta a su casa.

No encontró ninguna de las dos cosas.

Lejos de sentirse asustada, a pesar de que estaba bastante confundida, comenzó a caminar para buscar alguna señal de civilización. No tenía idea de dónde estaba, pues el bosque que la rodeaba le resultaba por completo desconocido.

Supo que no se encontraba en lugar conocido cuando, ni bien dio el primer paso, escuchó una dulce risa a sus espaldas. Se giró para buscar la fuente de ese sonido y se sorprendió al ver a una criatura brillante y diminuta que se mantenía suspendida a pocos centímetros de ella. La pequeña criatura no medía más de diez centímetros de largo. Tenía el físico de una mujer y todo su cuerpo era de un color blanco perlado. Incluso sus ropas, que eran semejantes a un simple vestido y unas zapatillas parecidas a las que usaban las bailarinas de ballet, eran de ese color. De sus espaldas salían dos diminutas alas traslúcidas que agitaba vigorosamente para mantenerse en el aire. El cabello de la pequeña criatura era largo, lacio y estaba peinado con una coleta, con varios mechones que caían sobre su pequeño rostro cuyos rasgos eran finos y

estaban perfectamente esculpidos. Sus ojos eran dos brillantes óvalos de color negro que recordaban a los de una alienígena. Una adorable alienígena en miniatura. Toda ella parecía emitir un extraño y cálido resplandor.

La pequeña criatura miró a Alice con curiosidad y se acercó hasta quedar a pocos milímetros de la nariz de la chica. Alice la miró fijamente por un segundo y sonrió. Con un dedo blanco y delgado, Alice acarició el rostro de la pequeña criatura. Ésta sonrió y volvió a soltar su dulce risa. La chica de los ojos turquesa le devolvió el gesto, aquella criatura le inspiraba tanta ternura que era imposible dejar de mirarla. Pero de pronto, tomando a ambas por sorpresa, Alice escuchó un gruñido a sus espaldas.

Lo reconoció al instante y el miedo la paralizó.

La pequeña criatura blanca se alejó mostrándose aterrada ante el gruñido, revoloteó un par de veces en busca de un escondite y terminó por ocultarse en el hombro de Alice, cubriéndose gracias al largo cabello negro de la chica y colocándose en posición fetal. Alice se giró lentamente de nuevo para encarar a la criatura que había soltado el gruñido. Pudo ver a Jarko, el lobo negro, que se había acercado sigilosamente y estaba dispuesto a atacar. Ella retrocedió aterrada sin poder desviar su mirada de los ojos amarillos del lobo, en los que centelleaba un brillo asesino.

Jarko gruñó con más fiereza.

Alice siguió retrocediendo lentamente, hasta que tropezó con una roca que la hizo caer de espaldas soltando un grito. El agudo sonido alteró a Jarko, que se lanzó hacia Alice con sus fauces abiertas. La chica cubrió su rostro con las manos, en un pueril intento de protegerse de los colmillos asesinos. Jarko la acorraló contra el suelo con sus patas delanteras, lanzaba mordidas en contra de ella aunque no se atrevía a atacar con una mordida que bien podría haberla acabado al instante. Y entonces, aquella voz femenina se hizo escuchar.

— ¡Déjala, Jarko! ¡Aléjate!

La aterrorizada chica no pudo creer que el lobo acatara aquella orden. Jarko se alejó de Alice, aún soltando sus agresivos gruñidos.

La chica se levantó, sintiendo un intenso dolor en la mejilla derecha.

Percibió que un líquido corría sobre su piel y con su mano descubrió que era sangre. Al punto lo supo: un colmillo de Jarko había logrado herirla.

— ¡Por Orión, te ha herido!

La voz volvió a escucharse y Alice la miró confundida, de repente parecía que la presencia del asesino lobo negro había dejado de importar.

Su salvadora era una mujer de alta estatura, esbelta, grácil y hermosa.

Su piel era suave, tersa y blanca como la nieve, de un tono tan claro que parecía resplandecer con la luz del sol. Tenía un cuerpo tan esbelto y delicado que a Alice le recordó a la pequeña criatura que aún llevaba en el hombro. Lucía una cabellera de color castaño que caía como cascada sobre su espalda, tan larga que llegaba por debajo de su cintura, un flequillo rebelde caía sobre su rostro. Su cabeza iba adornada por una bella tiara de plata, que a su vez era decorada con pequeñas joyas multicolor.

A cada lado de su cabeza se encontraban sus orejas, tan largas y puntiagudas que no podían pertenecerle a un humano, adornadas con hermosos pendientes de oro. Sus rasgos, perfectamente esculpidos, eran similares a los de la pequeña criatura blanca, sólo que a una escala mayor. Sus ojos eran de un bello color verde. Su nariz, pequeña y respingada. Y sus delgados labios iban pintados con un ligero tono de color rosa.

Llevaba puesto un largo y sencillo vestido de color azul marino con delgados tirantes, que hacía resaltar el tono blanco de su piel así como remarcaba el contorno de su figura. Llevaba brazaletes de oro en ambos brazos que hacían juego con el collar que adornaba su cuello, haciendo resaltar el escote de su vestido. Su vestimenta arrastraba por el suelo, así que era imposible ver sus pies.

Y lo más impresionante era su espalda, de la cual salía par de traslúcidas alas que se agitaban por sí mismas.

— ¡Has dicho el nombre de Orión! —soltó Jarko enfurecido. Alice se sobresaltó al escuchar aquella voz grave y cavernosa. Jarko caminó lentamente hacia la mujer sin dejar de farfullar—. ¡Sabes que decir ese nombre está prohibido!

—Nadie puede prohibirme nada —respondió la mujer con hostilidad—. Vuelve a la Ciudad Imperial ahora, Jarko —ordenó.

El lobo soltó un último gruñido y, de mala gana, se alejó corriendo a toda velocidad.

La mujer soltó un cansino suspiro y lo fulminó con la mirada.

Acto seguido, miró a Alice, quien había palidecido a causa del miedo. La mujer se arrodilló frente a ella y la miró angustiada, con la misma expresión embelesada que una madre tendría al mirar a un niño pequeño.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer.

—Yo… Yo… —balbuceó Alice aterrada, le era imposible articular palabra alguna—. El lobo… Estaba…

—Jarko puede ser muy agresivo e impulsivo en ocasiones —sonrió la mujer y rompió un trozo de tela de su vestido para limpiar la herida de Alice, la chica hizo una mueca de dolor cuando sintió la atención sobre su mejilla—. Vaya… —dijo arrugando un poco su respingada nariz—. El aroma que despides… —dijo incrédula—. Eres… ¿Eres una humana…? —Se alejó un poco de ella para mirarla fijamente y añadió—: ¿Cómo te llamas?

—Alice —consiguió decir la chica con timidez y un tanto ofendida ante el comentario por su aroma—. Alice Orchide.

La mujer se sorprendió a tal grado que retrocedió y sus pupilas se contrajeron. Tardó un poco en lograr recuperar la compostura para decir aún anonadada:

— ¿Cómo llegaste aquí?

—Estaba persiguiendo a un lobo pardo que estaba herido —explicó Alice—. Su nombre era…

—Flarium —completó la mujer, Alice asintió con la cabeza—. Flarium te trajo aquí —razonó.

— ¿Quién eres tú? —preguntó Alice.

La mujer se levantó y suspiró para recuperar el control sobre sí misma. Ayudó a Alice a ponerse de pie igualmente y respondió:

—Soy la Princesa Swan de Astaria. Hija de Lord Horus, sobrina de la Gran Reina…

— ¿Cómo te atreves a decir ese nombre, maldita traidora?

Swan y Alice se giraron al escuchar aquella tercera voz, era otra mujer quien había hablado.

La recién llegada tenía la misma estatura y complexión que Swan.

Era rubia, su cabellera iba peinada en una coleta y algunos mechones caían sobre su rostro. Sus ojos eran grandes, brillantes y de un hermoso color turquesa. Vestía con un traje de estilo medieval de tonalidades terrosas. Sus ropas eran tan ajustadas que podía verse su figura femenina sin dificultad. En su espalda cargaba un carcaj café lleno de una considerable cantidad de flechas adornadas con listones del mismo color. Sostenía en alto un arco de madera con una flecha lista para dispararse.

Iba acompañada de un apuesto joven moreno. El muchacho usaba igualmente un traje de caballero, de color azul marino. Llevaba un cinturón de color café del cual colgaba una espada guardada en una vaina de cuero, la empuñadura era de bronce. Su piel era blanca. Su cabello, corto, lacio y alborotado, era de color negro. Tenía ojos cafés y sus rasgos, igualmente finos y delicados, eran ligeramente angulosos. El chico miraba a Swan y Alice con indiferencia, la mujer rubia las miraba con auténtico odio.

—Mira quién habla de traición —se defendió Swan ofendida devolviéndole a la mujer rubia la mirada de odio.

—Nosotros luchamos por la justicia —dijo la rubia sin mudar su expresión—. Tú te piensas mejor que nosotros sólo por tener sirvientes y todos los lujos de la Ciudad Imperial.

—Al menos no tengo que esconderme con los otros fugitivos —continuó Swan—. ¿Te crees mejor que yo por ser parte de los Rebeldes Orión?

—La Rebelión es la única justicia que existe en este reino —dijo la mujer rubia.

—Te haces llamar justiciera y estás dispuesta a matarme aún cuando no puedo defenderme —atacó Swan.

—Tú ya tendrías que haber muerto —continuó la mujer rubia—. Sí lo piensas, le estaría haciendo un favor a toda Astaria si te asesinara.

Se fulminaron con la mirada, Alice supuso que aquellas dos mujeres tenían alguna cuenta pendiente. La mujer rubia fue a disparar la flecha, pero se detuvo al escuchar un sonido que se acercaba a ellos. Era el galopar de un grupo de caballos.

—Parece que la Corte Real se acerca —dijo Swan esbozando una sonrisa burlona.

—Henna, deberíamos irnos —dijo el muchacho a la mujer rubia.

A regañadientes su compañera bajó el arco y accedió. Se dispusieron a correr pero Swan los interrumpió de golpe diciendo:

— ¡Henna! ¡Raziem! ¡Aguarden! ¡Lleven a esta chica con ustedes! —dijo señalando a Alice.

Alice se sorprendió, no creía que Swan conociera a los dos extraños. Henna fulminó con la mirada a Alice antes de espetarle a Swan:

— ¿Por qué tenemos que confiar en ti, Swan? Esa chica podría ser una espía.

— ¡Henna, vámonos! —Llamó el muchacho desesperado—. ¡No tenemos tiempo!

—Por favor —suplicó Swan—. Flarium la trajo aquí.

Henna lo consideró unos segundos, los caballos se acercaban cada vez más.

— ¡Bien! —Accedió la mujer rubia furiosa y miró a Alice—. ¡Ven con nosotros, rápido!

—Hazlo —la animó Swan sonriendo.

Alice aceptó y se alejó junto a la mujer rubia que la tomó de la mano y echó a correr. El muchacho y Swan se miraron por una fracción de segundo antes de que el chico también se alejara. Swan se quedó sola y se sorprendió al ver a una diminuta figura humanoide volando a toda velocidad hacia ella, era la misma criatura que había visto Alice. La criatura se posó a pocos milímetros del rostro de Swan y la miró angustiada. Swan le sonrió.

—Tú eres una Nympha, ¿cierto? —Le preguntó Swan, la criatura asintió con la cabeza—. Si te quedas aquí, la Corte te asesinará —la criatura se mostró aterrada, Swan continuó—: Ve, sigue a los Rebeldes. En el Campamento Orión estarás segura.

La criatura asintió con la cabeza y se alejó volando a toda velocidad.

A los pocos minutos, un carruaje llevado por dos caballos de color negro apareció en aquél lugar. El carruaje era del mismo color que los caballos y era conducido por un sujeto ataviado con ropas negras y el rostro cubierto. Junto a ese sujeto, iba Jarko. Swan los miró con auténtico

odio.

El sujeto encapuchado bajó de su asiento para abrir la puerta del carruaje. Al hacerlo una densa bruma negra salió de él. Un siniestro escalofrío recorrió la espalda de Swan. Del carruaje bajó una aterradora figura.

Tenía la misma complexión de una muñeca de porcelana pero estaba lejos de ser tan hermosa como Swan. Su piel era de un color blanco cadavérico. Su cabello, tan largo que le llegaba hasta la cintura, era lacio y de un color negro azabache. En su espalda había dos alas traslúcidas de color negro. Sus rasgos finos y delicados no lucían tanto como sus grandes ojos, rojos como la sangre y de pupilas viperinas. Su boca era quizá lo más aterrador de su aspecto: sus labios eran de color negro y estaban cosidos con hilos del mismo color. Sus manos eran adornadas por uñas largas y afiladas de color negro. Llevaba puesto un elegante y ostentoso vestido de terciopelo negro y en su cabeza llevaba una corona del mismo color que su vestimenta adornada con joyas.

La tétrica manifestación se acercó a Swan a toda velocidad. Jarko bajó igualmente del carruaje y la siguió.

—Aythana —dijo Swan con indiferencia.

—Swan —respondió la mujer de negro con indiferencia, su voz helaba la sangre—. ¿Qué haces aquí?

—Jarko te lo ha dicho ya —afirmó Swan, Jarko soltó una risa por lo bajo—. ¿Por qué debería responder cualquiera de tus preguntas?

—Nunca te ha quedado nada claro, ¿cierto, Swan? —Preguntó Aythana con indiferencia—. ¿Aún no has logrado entender que no puedes comportarte así conmigo?

—Yo puedo comportarme de la manera que quiera —se defendió Swan.

—Eres igual de testaruda de lo que era tu hermano —se burló Aythana—. Y mira el final que tuvo… —añadió riéndose con malicia—. Fue un gran triunfo para Jarko haber cortado la cabeza de ese pequeño malnacido.

— ¡No te atrevas a hablar de Nymou! —exigió Swan furiosa.

Aythana la miró con odio y le propinó una fuerte bofetada que la hizo retroceder, dejando su mejilla roja. A pesar del dolor que sentía volvió a mirar a Aythana sin mudar su expresión. Aquello no le agradó a su

interlocutora.

—Sube al carruaje, malnacida insolente —ordenó Aythana—. Recibirás cien azotes cuando lleguemos a la Ciudad Imperial.

Swan obedeció sin más y Aythana la siguió.

El carruaje emprendió su camino dejando aquella zona totalmente solitaria.

Capítulo 4

III

Los dos elfos guiaron a Alice a través de un bosque, era difícil para ella seguirles el paso pues los dos caminaban muy velozmente. La elfa rubia llevaba una flecha preparada en su arco en caso de que tuviera que disparar a algún enemigo, su compañero sujetaba con una mano la empuñadura de su espada en caso de que tuviera que atacar a alguien de improviso.

En el bosque por el que andaban los árboles crecían demasiados juntos. Los troncos eran fuertes y altos, muchos tenían las raíces por fuera del suelo así que los tres viajeros tenían que andar con cuidado para no tropezar con ellas. Las hojas de los árboles eran frondosas y de un hermoso color verde, resplandecían cuando la luz del sol las iluminaba. Al cabo de aproximadamente una hora llegaron a la linde del bosque.

Los dos elfos se detuvieron en seco y miraron en todas direcciones, Alice supuso que debían asegurarse de que nadie los seguía antes de continuar. Al estar totalmente seguros de que estaban solos volvieron a avanzar. Los árboles crecían un poco más separados en aquella zona. Llegaron a un gigantesco claro, Alice no pudo evitar hacer evidente su sorpresa al ver lo que había ahí.

Era un lugar parecido a una aldea.

Había docenas y docenas de pequeñas cabañas rústicas, todas ordenadas en hileras.

Las cabañas estaban ubicadas en el extremo izquierdo y en el extremo derecho estaba ubicado un granero habitado por caballos, cerdos, vacas y demás. El granero estaba delimitado por una cerca de madera, la cual impedía que los animales estuvieran dispersos.

Al norte se encontraba lo que Alice supuso era un campo de entrenamiento. Había algo semejante a un ring de lucha libre delimitada

por cadenas y una hilera de dianas para practicar el tiro con arco.

Al centro de aquél establecimiento había una hoguera de tamaño considerable, Alice supuso que su luz y el humo que emanaba podría distinguirse a miles de kilómetros de distancia. La hoguera era del tamaño de la superficie que delimitaban las rocas de Stonehedge. Había rocas redondas bordeándola y el resto estaba lleno de paja, hojas secas y madera, había también un poco de cenizas al fondo. Al rededor había troncos dispersados a manera de improvisados asientos.

Como decoración había antorchas para iluminar la oscuridad de la noche, dispersadas entre las cabañas, el granero y el campo de entrenamiento. Había también muchas flores silvestres y algunos animales domésticos tales como perros y gatos corrían por todas partes.

Al fondo podía verse la linde de otro bosque.

Todo el lugar estaba repleto de personas con las mismas características físicas que los que ya había conocido: tenían largas orejas puntiagudas y rasgos tan finos como los de una muñeca de porcelana. Sin embargo, no había visto a nadie más que tuviera esas hermosas alas traslúcidas como las de la joven Swan.

Los dos viajeros que habían conducido hasta ahí a Alice se adentraron en la pequeña aldea. La chica se quedó estática, mirando su entorno. Se sintió en un sueño, un sueño que por más extraño que fuera sin duda era mejor que su realidad. Percibió un pequeño resplandor a su derecha y miró con el rabillo del ojo a la pequeña criatura blanca que había visto antes. Se giró para verla de frente y le sonrió amigablemente. La criatura le devolvió la sonrisa y se posó sobre el hombro de Alice, para sentarse sobre él con las diminutas piernas cruzadas. Era tan liviana que Alice no sentía ni un ligero peso que indicara que lo que ella suponía era un hada, estuviese sobre su hombro.

— ¡Date prisa! —urgió la mujer rubia mirando a la chica con severidad.

Alice obedeció al punto, le pareció que aquella mujer tenía un carácter muy fuerte.

Siguió al par de viajeros, que se dirigían hacia una de las cabañas. Alice se preguntó cómo era posible que lograran distinguir la cabaña que buscaban del resto, todas eran del mismo color: las fachadas eran de color café y los tejados, de color negro. No había ningún tipo de adorno, nada que las hiciera especiales.

Finalmente los dos sujetos llegaron a su destino.

La fachada de aquella cabaña tan sólo mostraba una puerta de nogal con una perilla dorada y un par de amplias ventanas. Alice esperó a que abrieran la puerta pero tardaron un poco más. La mujer rubia miró a dos niños pequeños que jugaban cerca de aquella zona con espadas de madera.

— ¡Roán! —llamó con tono demandante.

Uno de los chiquillos la miró y se acercó a ella.

Era un niño de baja estatura, regordete y de piel rosada. Sus ojos eran grandes y de un brillante color verde. Sus rasgos faciales eran finos y tenía la nariz respingada. Su cabello era lacio y corto, de color cobrizo. Vestía con ropas de porte medieval de colores terrosos. Llevaba su espada de madera en la mano y al caminar se balanceaba hacia ambos lados. A Alice le pareció tan tierno que tuvo el impulso de abrazarlo.

— ¿Qué ocurre, Henna? —preguntó el pequeño con voz aflautada.

—Ve a buscar a Sonya, Blum, Flint y Dristan —ordenó la mujer rubia—. Diles que tengo que hablarles de algo serio y que vengan aquí inmediatamente.

Roán asintió con la cabeza y echó a correr para cumplir con aquella orden. Acto seguido, la mujer rubia abrió la puerta de la cabaña y atravesó el umbral, seguida por su compañero. Alice fue la última en entrar, cerrando la puerta tras de sí.

El interior de la cabaña era de aspecto rústico y acogedor.

Había una pequeña sala de estar en el extremo izquierdo amueblada con un mullido sofá ubicado frente a una chimenea y otros dos sofás más largos se ubicaban a los lados. La chimenea estaba apagada. Sobre ella había pequeños y coloridos jarrones decorativos. En la pared sobre la chimenea se encontraba un cuadro que captó la atención de Alice.

Era bastante grande y majestuoso, un retrato de una bella mujer.

Su piel era tan blanca como la nieve, tan esbelta y hermosa como una muñeca de porcelana. Sus ojos eran de un brillante color celeste, sus pestañas eran largas y de color negro.

Llevaba un poco de maquillaje en los párpados, de color celeste.

Un par de finas líneas curveadas eran sus cejas, igualmente de color

negro.

Tenía una nariz pequeña y respingada, sus mejillas esbozaban un muy tenue sonrojo rosado. Sus labios eran delgados e iban pintados de color carmín. Sus manos eran muy delgadas y sus dedos, un poco largos. Tenía las uñas un poco puntiagudas y pintadas de un color plateado. Su larga cabellera caía como cascada por su espalda hasta llegar por debajo de su cintura. Era de color negro azabache, lacia y brillante. Un par de mechones caían pulcramente sobre sus hombros y un pequeño flequillo caía por su rostro, por el lado derecho. Tenía un par de orejas puntiagudas y un par de alas traslúcidas en la espalda.

Llevaba puesto un sencillo vestido de color celeste con un prominente escote. Su femineidad estaba muy bien marcada.

Las mangas del vestido cubrían toda la extensión de sus brazos, hasta llegar a las muñecas, y era tan largo que le ocultaba por completo los pies. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba puesta una sortija, la cual destacaba pues tenía una piedra preciosa de color rojo ahí incrustada. En su cuello llevaba un collar de oro, del cual colgaba un diamante de color celeste, que resplandecía. Por último, llevaba una corona de oro sobre su cabeza, la cual estaba decorada con joyas de múltiples colores.

La mujer del retrato estaba sentada sobre un diván de color borgoña y había cortinas de color negro detrás de ella. Tenía las manos juntas sobre su regazo y miraba hacia el frente esbozando una dulce y cálida sonrisa. El cuadro estaba enmarcado en hoja de oro.

Alice se sintió atraída por aquella intensa mirada, un escalofrío recorrió su espalda al notar lo mucho que ella se parecía a la mujer del retrato. Se acercó más para intentar tocarlo, pero la voz de Henna la hizo sobresaltarse.

— ¡No toques eso! —gritó la mujer rubia con severidad.

Alice le dirigió una última mirada al retrato y se dirigió al otro extremo de la cabaña.

El lugar donde los dos viajeros se encontraban era una cocina.

Había gabinetes de madera adornando las paredes y mesas del mismo material, vio un horno de piedra dentro del cual se encontraba un caldero de color negro.

Vio también un gran gabinete con puertas de cristal, a través del cual se veía la vajilla y los artículos de cocina. Y entre la cocina y la sala de estar, había una larga mesa de madera rodeada por ocho sillas del mismo

material. La decoraba un adorno floral en el centro.

Los dos viajeros estaban sentados en aquella mesa.

Henna había abierto una botella de cristal llena de un líquido púrpura y estaba sirviendo un par de tragos para ella y su apuesto amigo.

Alice dirigió su mirada hacia una escalera ubicada junto a la puerta, conducía al segundo piso. También le provocó curiosidad una puerta de madera ubicada cerca del horno de piedra.

Sin embargo, prefirió tomar asiento con los dos excéntricos sujetos en la mesa.

Ambos la ignoraron olímpicamente.

Alice se percató de que ambos parecían sentir alguna molestia con su olfato pues arrugaban la nariz recurrentemente.

Fue al cabo de unos minutos cuando la puerta de la cabaña al fin se abrió y cinco personas entraron a la acogedora propiedad. Alice sólo pudo reconocer a Roán, el pequeño niño regordete. Las otras cuatro personas tenían un aspecto de lo más extraño:

La primera era una mujer. Su piel era blanca, aunque no tanto como la de la mujer del retrato. Su cabello era negro, ondulado y largo, tanto que llegaba por debajo de su cintura. Lo llevaba peinado en una apretada coleta y varios mechones caían sobre su rostro.

Tenía una nariz pequeña y respingada, parecía que aquello era común entre los rasgos físicos de los extraños habitantes de la aldea, así como las orejas largas y puntiagudas, los rasgos finos y las ropas excéntricas. Sus ojos eran de un intenso color púrpura, Alice jamás había visto semejante cosa. Los labios de la mujer eran delgados e iban pintados de color rojo. Usaba ajustadas ropas de tonalidades púrpuras, vestía un traje de porte medieval que apenas cubría su cuerpo.

Alice la juzgó como una exhibicionista.

Llevaba brazaletes de oro adornando sus desnudos brazos y en las palmas de sus manos llevaba tatuado un extraño símbolo, semejante a un pentáculo, de color rojo. En su cintura llevaba un cinturón de cuero, del cual colgaba un cuchillo de empuñadura dorada oculto dentro de una prensa de cuero café. Tenía un brillo picarón e infantil en su mirada y sonreía con picardía.

El segundo en entrar fue un joven y apuesto muchacho castaño.

Era alto y lánguido, de piel ligeramente apiñonada. Sus rasgos eran finos y angulosos. Tenía el cabello de color castaño, lacio y un poco largo. Lo llevaba peinado en una aflojada coleta y un flequillo caía sobre su ojo izquierdo. Sus ojos eran de color verde y su mirada era indiferente. Tenía una pequeña cicatriz en la mejilla derecha.

Vestía con un traje de porte medieval de tonalidades terrosas.

Usaba dos muñequeras de cuero negro y tenía tatuada en el brazo derecho la misma estrella que la otra mujer tenía en las palmas de las manos.

De su cinturón colgaba una espada de empuñadura plateada, guardada en una vaina de cuero café.

La tercera era una mujer pelirroja.

Era de más baja estatura que la mujer de cabello negro, Alice supuso que era mucho más joven. Lo más llamativo en aquella mujer eran sus ojos, de un brillante color amarillo, semejantes a los de un gato. De sus labios, delgados y de color rojo, se asomaba un pequeño y afilado colmillo. Su larga cabellera roja iba peinada en dos coletas atadas con cintas amarillas, su cabello era tan largo que llegaba hasta sus pantorrillas.

También usaba un traje de porte medieval de tonalidades rojizas, tan ajustado y carente de telas como el de la primera mujer. En su estómago, el cual estaba descubierto, llevaba tatuada aquella curiosa estrella. Usaba guantes de cuero en ambas manos, a los cuales les había cortado parte de la tela que cubría los dedos.

En su espalda cargaba dos espadas de empuñadura dorada, cruzadas de manera que los mangos quedaran a ambos lados de su cabeza. Usaba también un cinturón del cual colgaban algunas más armas punzocortantes, tales como cuchillos.

Llevaba más cosas encima que una navaja suiza.

Por último entró un muchacho que a simple vista se notaba quizá demasiado afeminado.

Era de más baja estatura que el sujeto castaño y también se veía más joven. Su piel era blanca, esbozaba un ligero sonrojo rosado en sus mejillas.

Su aspecto era llamativo, principalmente por su cabellera que era de color azul marino. Su cabello era corto y lacio, caía sobre su rostro cual gotas de lluvia. Sus ojos eran del mismo color, azul marino. En su rostro se reflejaba mucha inocencia, sobre todo en el brillo de su mirada. Llevaba puesto un traje de porte medieval de tonalidades acuosas. En el cuello llevaba tatuada aquella extraña estrella. De su oreja izquierda colgaba un pequeño pendiente decorado con un pequeño zafiro. Cargaba en su espalda un arco de plata y un carcaj lleno de flechas negras, decoradas con cintas azules.

Roán caminó hasta Henna y señaló a los recién llegados con una mano regordeta, diciendo con su voz aflautada:

—Aquí están tus amigos, Henna.

—Gracias, Roán —respondió la aludida esbozando una sonrisa.

Roán devolvió el gesto y salió de la cabaña. Cuando el pequeño cerró la puerta tras de sí, la mujer pelirroja tapó su nariz con ambas manos y se quejó enfurecida:

— ¡Aquí apesta a humano! ¡Es asqueroso!

—Dímelo a mí —se quejó Henna de vuelta—. Raziem y yo tuvimos que traerla hasta aquí desde el bosque.

— ¡Qué hedor tan asqueroso! —seguía quejándose la mujer pelirroja.

Alice no pudo evitar sentirse ofendida ante esos comentarios.

Los cuatro recién llegados se sentaron a la mesa y Henna les sirvió un trago de ese líquido púrpura. Todos se habían sentado a una distancia considerable de Alice. La chica volvió a sentirse ofendida. Ninguno de ellos la había mirado siquiera, sin duda no querían tenerla cerca. Cuando Henna terminó de atender a los recién llegados, el muchacho castaño habló:

— ¿Para qué nos has llamado? —le preguntó a Henna.

—Flarium ha traído a una humana a nuestro mundo —explicó Henna de mala gana.

—La encontramos hablando con Swan en el bosque —explicó Raziem, el muchacho que acompañaba a Henna—. Ella dijo que Flarium había traído a la niña humana aquí.

Alice sintió el impulso de intervenir, pero permaneció en silencio.

—Si Flarium la trajo a nuestro mundo… —dijo la mujer de los ojos púrpura con voz baja—. Eso significa que ella…

— ¡No te atrevas a afirmar semejante tontería, Sonya! —Le espetó Henna con violencia—. ¡Han pasado ya muchos años! ¡Ella no volverá!

Alice se aclaró la garganta para hacerse notar. Los seis sujetos la miraron, incrédulos.

—Por Orión… —soltó Sonya anonadada—. Esta chica… Es idéntica…

— ¿Quiénes son ustedes y qué está ocurriendo? —Exigió saber Alice—. ¿Qué lugar es este?

Los seis extraños intercambiaron miradas.

Finalmente, Henna se presentó:

—Yo soy Henna —dijo y señaló al otro sujeto que Alice había conocido en el bosque—. Este sujeto es Raziem —señaló al sujeto castaño y añadió—: Él es Flint. El de cabello azul, es Dristan —señaló a la mujer pelirroja y añadió—: Ella es Blum y la morena, es Sonya.

—Somos los líderes de una organización conocida como Los Rebeldes Orión —explicó Raziem.

—Estamos en Astaria —explicó Henna.

— ¿Cómo te llamas tú, humana? —preguntó Sonya con tono amigable.

—Mi nombre es Alice —respondió la chica.

Los seis extraños se mostraron muy sorprendidos, Alice se preguntó si quizá su nombre era demasiado inusual para ellos.

Sonya se levantó de su asiento y se acercó más a Alice. La miró fijamente y le examinó cada rasgo facial, midió su estatura, Alice sentía que la mujer invadía su espacio personal. Sonya hizo caso omiso de la pequeña criatura que Alice llevaba en el hombro.

Al terminar su análisis, miró a sus amigos y se limitó a decir, en tono enigmático:

—Es Ella.

Alice se mostró confundida.

No estaba segura de cómo debía actuar en esa situación, así que prefirió permanecer en silencio mientras los seis sujetos reanudaban su discusión:

— ¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Henna a Sonya.

—Tan sólo mírala, Henna —respondió la aludida—. Es idéntica en cada rasgo, ¿qué otra prueba necesitas?

—Si es quien tú dices, Sonya, ¿por qué Swan la envió con nosotros? —intervino Raziem.

—Ella tendría que estar en la Ciudad Imperial pateando el trasero de Aythana, Jarko y todos esos sujetos —dijo Henna.

—La Ciudad Imperial es el lugar más peligroso de Astaria —intervino Dristan—. Incluso aquí estaría más segura que entre la nobleza.

— ¡Apesta a humano aquí! —repitió Blum disgustada.

—Si Jarko logra percibir ese aroma, encontrará el campamento —puntualizó Flint.

—Si esa humana usa nuestras ropas durante unos días, ese hedor desaparecerá —dijo Sonya.

— ¿Y qué haremos con ella mientras tanto? —dijo Henna.

— ¿Qué otra opción tenemos? —Fue la respuesta de Sonya—. Hay que permitirle quedarse aquí hasta que Flarium nos diga qué hacer con ella.

— ¿Y dónde piensas que se quedará? —Dijo Flint—. Ya no hay más espacio en este campamento.

—Para darle una habitación, habría que trasladarla a otro de los campamentos —dijo Raziem.

—Esta es la base del Campamento Orión —les recordó Sonya con firmeza—. Alguien tan importante como ella tendría que estar bajo la vigilancia de los seis líderes de la Rebelión y eso únicamente podría lograrse en este campamento.

—Tendrá que quedarse aquí —aceptó Henna a regañadientes.

— ¡¿Aquí?! —dijo Blum disgustada y con voz aguda—. ¡Yo vivo aquí!

¡No podré dormir con una humana en la misma casa!

—La decisión está tomada —le espetó Sonya—. Esta chica se quedará con nosotros hasta que Flarium nos diga qué hacer con ella

Los otros estuvieron de acuerdo, excepto Blum. Alice no lograba entender lo que ocurría, pero de una cosa sí estaba segura: no volvería a casa hasta que todas sus dudas fuesen aclaradas.

Estaba convencida de que había llegado a ese lugar por alguna razón y estaba dispuesta a descubrirla.

Capítulo 5

IV

Alice pasó la noche en el Campamento Orión.

Henna le había indicado que se quedara dentro de la casa pero le prohibió terminantemente ir al piso de arriba o abrir la puerta de madera que se encontraba cerca del horno de piedra. Igualmente le prohibió tocar los utensilios de cocina. Alice tuvo que quedarse sentada en un sofá, acompañada únicamente por la pequeña criatura de color blanco.

Los otros seis sujetos habían salido de la cabaña.

El retrato de aquella mujer seguía causando curiosidad en Alice y lo miró durante un par de horas más. Sin embargo, terminó por aburrirse. No había nada que hacer en aquél lugar, excepto explorar.

Al intentar salir, descubrió que la puerta estaba asegurada.

Bufó enfadada y volvió a sentarse en el sofá.

—Parece que estamos encerradas aquí —dijo a la pequeña criatura.

Su diminuta acompañante asintió con la cabeza, Alice soltó un pesado suspiro.

Por la noche, logró ver por la ventana que los habitantes del campamento habían encendido la enorme fogata.

Estaban sentados a su alrededor y Alice esbozó una sonrisa al imaginar que estaban asando malvaviscos y cantando canciones de hoguera.

Aquello la hizo sentirse hambrienta, pudo sentir como su estómago

reclamaba algo de comida.

Miró hacia la cocina y bufó al ver que no había nevera. Volvió a sentarse en el sofá y la pequeña criatura se acercó a ella, mirándola con preocupación.

—Tengo hambre —se quejó Alice.

La pequeña criatura voló hasta la cocina y comenzó a inspeccionar los gabinetes, hasta que encontró lo que buscaba. Había una canasta llena de frutas dentro de uno de ellos. La criatura tomó con ambas manos el tallo de una hermosa manzana roja y la llevó hacia Alice.

La fruta era tan pesada para la pequeña criatura, que era casi imposible cargar con ella.

Con todo, llegó a su destino. Dejó caer la manzana sobre el regazo de Alice y con una sonrisa, la animó a comerla.

—Te lo agradezco mucho —dijo la chica con amabilidad y se dispuso a alimentarse.

Le dio un mordisco a la fruta y se mostró sorprendida. Era la manzana más jugosa y dulce que jamás había probado. Volvió a morderla y la pequeña criatura sonrió satisfecha al ver que a la chica le encantaba el bocadillo.

Al terminar de devorar su deliciosa, la chica miró a la criatura con un dejo de culpa diciendo:

—Lo lamento, no te dejé ni un pedazo.

La criatura esbozó una tierna sonrisa y negó con la cabeza para comunicarle que ella no estaba hambrienta. Alice le devolvió la sonrisa, la pequeña criatura le agradaba bastante y parecía que su nueva amiga pensaba igual.

La puerta se abrió en ese momento y Henna, Sonya y Blum entraron a la rústica vivienda. Al ver el pequeño desastre que la criatura había provocado en la cocina. Henna casi fue víctima de un ataque de furia. Sin embargo, Sonya asoció ese desastre con los rastros de la manzana que Alice había devorado. Corrió hasta Alice y le jaló la piel de las mejillas, diciendo como si hablara con un bebé:

— ¡Qué ternura! ¡La pequeña estaba hambrienta!

Alice entornó los ojos cuando Sonya la liberó.

Blum se había alejado del grupo, tapándose la nariz con ambas manos y esbozando muecas de asco y disgusto. Alice volvió a sentirse ofendida. Henna bufó y ordenó rápidamente la cocina, la criatura blanca soltó una dulce risa, captando la atención de las tres mujeres.

Sonya volvió a acercarse a Alice, pues su amiga había vuelto a colocarse sobre su hombro. Sonya extendió una mano hacia la criatura y dijo esbozando una amigable sonrisa:

—Ven aquí, pequeña.

Henna se acercó también, curiosa.

Y aunque Blum también sentía curiosidad, se rehusó a acercarse.

La pequeña criatura se acercó lentamente hacia Sonya. Se posó sobre la palma de su mano y le dedicó una tierna sonrisa a la mujer. Sonya devolvió el gesto. Acto seguido, la criatura voló hasta quedar cerca del rostro de Henna y le dedicó la misma sonrisa, que la mujer devolvió en el acto.

Alice no comprendía lo que ocurría.

—Es una Nympha —afirmó Sonya con una sonrisa.

—Creí que todas las Nymphas habían muerto —comentó Henna, acariciando con un dedo el rostro de la criatura.

— ¿Qué es una Nympha? —preguntó Alice.

—Son criaturas del bosque —explicó Sonya—. No poseen ningún tipo de magia, pero son en extremo amables, traviesas y serviciales.

Alice miró a la Nympha con curiosidad y esta revoloteó hasta posarse sobre el hombro de la chica. Acto seguido, señaló a Alice y esbozó una sonrisa para intentar comunicarse. Henna y Sonya intercambiaron una sonrisa.

— ¿Qué está diciendo? —preguntó la chica.

—Creo que intenta decirnos que eres su amiga —explicó Sonya.

— ¡No puedo soportarlo más! —soltó Blum disgustada y salió corriendo por la puerta, diciendo—: ¡Aquí apesta!

Alice volvió a sentirse ofendida. Henna y Sonya soltaron una carcajada.

—Tendrás que disculparla —comentó Sonya mirando a Alice—. Te daremos un poco de ropa para que ese hedor desaparezca de tu cuerpo —la tomó de la mano y añadió, emocionada—: ¡Ven conmigo!

Dicho esto, la mujer llevó a Alice de la mano hasta el segundo piso. Henna y la Nympha las siguieron.

Subieron la escalera, los peldaños eran de piedra y algunos eran más altos que otros.

La escalera conectaba a un largo pasillo.

Del lado izquierdo había un par de ventanas y del lado derecho, había tres puertas de madera que conducían a dos habitaciones.

Sonya condujo a Alice a la segunda puerta y la abrió, provocando que esta soltara un rechinido.

La habitación era pequeña y acogedora.

Al fondo había un par de ventanas cubiertas con cortinas de color rojo. Alice supuso que esa habitación la compartían dos personas.

En el extremo izquierdo había una cama individual cubierta con una sábana de color púrpura. Había un baúl de madera a los pies de la cama, cerrado con un candado de bronce. Había también un armario y un jarrón lleno de flores coloridas colocado sobre una mesa de madera. Aquél lado de la habitación estaba mucho más ordenado que el derecho. Ahí había una hamaca hecha con hilo de color negro, sobre la cual había un mullido cojín blanco y un suave cobertor de color rojo. Había también un armario con las puertas abiertas y un montón de prendas de vestir tiradas por el suelo.

—Ese es el lado de Blum —explicó Sonya señalando el lado desordenado de la habitación—. Ella y yo vivimos juntas aquí.

Alice se sentó en la orilla de la cama mientras Sonya buscaba ropa para ella en el armario. La Nympha voló velozmente hacia la improvisada cama de Blum y comenzó a saltar en ella esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Henna estaba recargada en el marco de la puerta y miraba todo con indiferencia. Finalmente Sonya encontró lo que buscaba: un traje de porte medieval de color negro. Se lo entregó a Alice y dijo, amablemente:

—Puedes usar esto y en unos días, cuando vayamos a buscar

provisiones al pueblo, te buscaremos también un traje a la medida.

Alice agradeció con una sonrisa. Las dos mujeres permanecieron ahí, mirándola con impaciencia, así que supuso que tenía que desnudarse ahí mismo. Avergonzada, lo hizo.

—Te quedarás aquí por un tiempo —explicó Henna mientras Alice se cambiaba de ropa—. Tendrás que seguir las reglas del campamento mientras vivas aquí.

>> Despertarás a primera hora; no puedes visitar a nadie después del anochecer; no puedes abandonar el campamento, así como tampoco puedes ir a explorar; durante las comidas, tendrás que dejar vacío tu plato. Aquí nada se desperdicia; no puedes distraer a nadie de sus tareas; y, por último, está prohibido acercarte a la linde del bosque que queda junto al campo de entrenamiento. ¿Has entendido? —Alice asintió con la cabeza, ya había terminado de vestirse—. Dormirás en el sofá —ordenó Henna—. Y que no se te ocurra explorar las otras habitaciones —dijo en tono amenazador.

Alice volvió a asentir con la cabeza y salió de la habitación, seguida por la Nympha. Henna se despidió de Sonya con una sonrisa y fue a su propia habitación.

Bajó las escaleras y se dirigió al sofá que más cómodo le pareció. Se acurrucó en él y trató de dormir. Con tantas dudas que tenía sobre ese mundo tan extraño, supuso que no podría conciliar el sueño. Pero le bastó con cerrar los ojos para sumergirse en el mundo de los sueños. La Nympha se acurrucó cerca de ella e igualmente se quedó dormida.

Blum volvió un par de horas después.

Al entrar a la cabaña y ver a Alice acurrucada en el sofá, esbozó una mueca de desagrado y subió corriendo las escaleras hasta su habitación. Al entrar, vio a Sonya sentada en el alfeizar de la ventana. Su amiga miraba hacia el cielo nocturno y tenía las piernas cruzadas, sus manos estaban sobre su regazo. Blum se acercó a ella lentamente, Sonya hizo caso omiso de su presencia.

— ¿En qué piensas? —preguntó la pelirroja.

—Orión está apagado esta noche —respondió Sonya en tono enigmático—. Un mal augurio va a caer sobre toda Astaria, a no ser que su luz vuelva a bendecirnos a todos.

Blum se mostró confundida y le restó importancia a las palabras de Sonya. Saltó para recostarse sobre su cama flotante y dio un par de vueltas en ella, como un gato, hasta que logró ponerse cómoda. Se cubrió

con el cobertor y antes de intentar dormir, miró a Sonya y dijo en voz baja:

— ¿Realmente confías en ella?

Sonya no la miró. Soltó un pesado suspiro y respondió en voz baja:

—Yo confío en Flarium... Si él la trajo aquí, entonces también confío en ella.

Blum entornó los ojos, le molestaba a sobremanera cuando Sonya se comportaba de esa forma tan enigmática. Cerró los ojos y se dispuso a dormir.

La Ciudad Imperial estaba construida cerca de un inmenso océano.

En ella habitaban sólo los elfos que pertenecieran a la realeza.

Todas las casas estaban construidas con paredes de mármol y amuebladas de la manera más elegante posible. Lo que más destacaba en la ciudad era una enorme vivienda, una mansión que estaba vigilada por varios soldados armados con espadas y vestidos con armaduras brillantes y plateadas. Y aunque aquella mansión llamara tanto la atención de quien llegara a la Ciudad Imperial, no era tan hermosa y majestuosa como la atracción principal: el Castillo de Cristal.

Llevaba ese nombre porque la fachada estaba construida con paredes hechas del mismo material que llevaba su nombre.

Al estar construido con ese material tan frágil, el castillo estaba protegido por hechizos, magia y sobretodo, ciento cincuenta soldados armados que vigilaban los terrenos adyacentes al castillo, dispuestos a darle muerte a todo aquél intruso que se acercara, sin importarles si formaba parte de la nobleza o no.

El castillo constaba de cientos de torres, habitaciones y jardines.

Para entrar a los territorios del castillo, los habitantes de Astaria debían identificarse con los soldados que vigilaban la entrada.

Nadie podía pasar por las puertas del castillo si los soldados no lo permitían. Igualmente, ningún aldeano podía entrar a la Ciudad Imperial

sin la previa autorización de un soldado.

Aquella noche había un grupo de personas reunidas en una de las mazmorras del castillo, las cuales estaban construidas bajo tierra.

El pintoresco grupo estaba formado por Aythana, la mujer de piel blanca y cuya boca estaba cosida con hilos negros; Jarko, el lobo negro de brillantes ojos amarillos; Swan, la mujer de cabello castaño; y un quinteto de sujetos encapuchados y ataviados con pesadas capas negras.

Swan estaba de rodillas en el suelo, con la espalda descubierta, la cual estaba marcada con una considerable cantidad de golpes remarcados con un intenso color rojo.

En su rostro se marcaba una mueca de dolor, tenía los ojos cerrados y apretaba los dientes con fuerza. Sus hermosas alas traslúcidas se habían inclinado hacia abajo.

Aythana estaba de pie junto a ella y sostenía un látigo de color negro, el cual destilaba un poco de sangre.

Jarko esbozaba una sonrisa.

—No dudaré en matarte la próxima vez que te portes insolente conmigo —decía Aythana en ese momento.

—Si me asesinas, toda Astaria se levantará en armas contra ti —respondió Swan con valentía.

Aythana le propinó otro golpe con el látigo ante aquella respuesta, provocando que Swan soltara un fuerte grito y arqueara la espalda.

— ¡Mataré entonces a cada hombre, mujer o niño que se niegue a obedecer! —Soltó Aythana hecha una furia, miró a los encapuchados y añadió con voz demandante—: ¡Llévenla a su dormitorio! ¡No quiero verla!

Los encapuchados tomaron a Swan por los brazos y la sacaron a rastras de la mazmorra, dejando solos a Aythana y Jarko.

El lobo negro soltó una risa burlona cuando Swan pasó junto a él.

—Jarko —llamó Aythana y el lobo la miró—. Habías dicho que esa malnacida, Swan, estaba acompañada por una humana, ¿cierto?

—Efectivamente, su majestad —respondió Jarko—. Es la misma

chiquilla que estuve vigilando durante tanto tiempo.

—Quiero que la encuentres —ordenó Aythana—. Quiero que la traigas aquí, con vida.

— ¿No preferiría que la eliminara por usted, majestad? —preguntó Jarko.

—No, yo debo aniquilarla —respondió Aythana—. Y debe ser antes de que Astaria sepa que la Gran Reina Alicia ha vuelto... Antes de que eso ocurra, yo misma le daré muerte... —soltó una fría y maligna carcajada y añadió—: ¡Imagínalo, Jarko! ¡La cabeza de la Gran Reina Alicia colgando sobre la chimenea de mi habitación como un trofeo de cacería! ¡Y a cada lado, las cabezas de los líderes de la Rebelión!

Aythana continuó riendo con frialdad.

Esa misma noche, Jarko salió de la Ciudad Imperial y siguió el rastro del aroma a humano que Alice despedía. Si lograba encontrarla en su escondite, no sólo destruiría a la pobre chica. También entregaría a los miembros del Campamento Orión. Jarko estaba decidido a cumplir con el encargo y esta vez, Flarium no podría intervenir.

La pregunta era... ¿Dónde estaba el lobo pardo?

Capítulo 6

V

Cuando fue niña, Alice estuvo en un campamento de verano.

En aquél sitio había actividades recreativas y deportivas, compartía la habitación con otras cinco niñas de distintas edades, las cuales se volvieron buenas amigas de la chica. Al menos durante el verano. Por las noches, todo el campamento se reunía frente a una fogata para cantar canciones y contar historias de terror.

Pues bien, el Campamento Orión era algo parecido.

Al menos en el concepto de campamento, pues lo que menos había en ese lugar eran actividades recreativas.

Alice descubrió que aquél lugar era semejante a una escuela militar, o al menos se asemejaba bastante a lo que ella creía que era una escuela militar.

Dos días bastaron para que la chica se adaptara a ese estilo de vida y se acostumbrara a la gran cantidad de estrictas reglas que tenía que obedecer.

Aún dormía en el sofá de la casa de Henna, Sonya y Blum, pues no había otra habitación para que ella la ocupara.

O, al menos, eso había dicho Henna.

Alice descubrió que las ropas que Sonya le había prestado eran de lo más cómodas: las telas eran suaves como la seda y tan frescas como el algodón. Se amoldaban a la perfección al cuerpo de Alice y le permitían moverse con tanta libertad que la chica maldijo todas las prendas que tenía en el armario de su habitación en Gran Bretaña.

La chica logró pasear libremente por el Campamento Orión el día siguiente a su llegada.

Se sintió bastante incómoda pues todos los elfos del campamento la miraban tan intensamente que Alice sentía como si la desnudaran con la mirada.

Por la mañana, Alice vio como algunos habitantes del lugar se reunían al rededor de la gigantesca hoguera, donde una elfa anciana y robusta les servía un tazón de estofado que sacaba con un cucharón de madera de un gigantesco caldero de peltre. Alice se había acercado para desayunar con ellos, pero Flint la condujo de nuevo a la casa de Henna.

—Esa anciana, Yaris, se encarga de alimentar a todos los Rebeldes que no saben cocinar —había explicado Flint—. Nosotros desayunamos siempre con Henna, para no aprovecharnos de la comida que Yaris prepara con tanto esfuerzo.

Alice descubrió que Henna era una excelente cocinera.

Por un segundo, la chica esperó que le sirvieran algún platillo excéntrico y exótico.

Se llevó una pequeña decepción cuando Henna le sirvió un trozo de carne de cordero asada y un pequeño plato de ensalada con lechuga y judías verdes, acompañado con un vaso de jugo de naranja y una hogaza de crujiente y delicioso pan recién horneado.

Henna le dio a la pequeña Nympha un diminuto plato hondo de porcelana blanca, estaba lleno con semillas de un claro tono marrón, Alice les encontró parecido con los cacahuetes. La pequeña Nympha comió lentamente las semillas, esbozando amplias sonrisas entre cada mordisco.

—Esas semillas se obtienen de algunos árboles que crecen en el Bosque de las Nymphas —le explicó Sonya a Alice—. Las Nymphas se alimentan con ellas pues cualquier otro platillo las asesinaría, como si ingirieran veneno. Pero para nosotros, esas semillas son una golosina muy deliciosa. Tienen un sabor muy salado y puedes quedar satisfecha si comes al menos un par de ellas.

Alice quiso probar las semillas para comprobar aquello, pero decidió dejarlo para otra ocasión pues la Nympha parecía estar muy hambrienta.

Blum dejó de quejarse del supuesto hedor que emitía el cuerpo de Alice, ahora se limitaba a arrugar la nariz de vez en vez.

Al terminar el desayuno, Blum lavó todos los platos sucios y el grupo procedió a realizar sus respectivas tareas. Alice se dedicó a observarlos simplemente, lo cual le ayudó a aprender más sobre ese estilo de vida.

Henna se dedicaba a entrenar a un grupo de pequeños infantes, niñas en su mayoría, para enseñarles el arte y los secretos del tiro con arco, les mostraba cómo sostener el arco y cómo preparar las flechas correctamente.

Los pequeños debían lograr disparar una flecha que se clavara en el centro de las dianas del pequeño campo de entrenamiento. Henna nunca fallaba un solo tiro, parecía una experta.

A pocos metros de ahí se encontraba Raziem, él hacía algo parecido a la tarea de Henna: le enseñaba a un grupo de niños, y una que otra niña, el arte de la esgrima. Los niños usaban espadas de madera para entrenar. Raziem les enseñaba cómo lanzar estocadas y esquivar los mandobles enemigos.

Alice se preguntaba por qué había tanta diferencia de géneros entre arqueros y espadachines.

—Las espadas son muy pesadas y nuestras mujeres suelen ser bastante frágiles como para sostener la espada correctamente y soportar su peso —le había explicado Raziem a la chica—. Por otra parte, los cuerpos gráciles de las mujeres las hacen perfectas para usar un arco, pues se les facilita más ocultarse en cualquier sitio para disparar a discreción —igual que un francotirador, razonó Alice—. Aunque hay excepciones, claro, pero lo ideal es que los hombres lleven una espada y las mujeres tengan un arco.

Dristan y Blum tenían una tarea semejante a la de Henna y Raziem, entrenaban a los adultos para aprender a manejar las armas correctamente.

Dristan enseñaba el tiro con arco, tenía una puntería impecable. Y a pocos metros, Blum le enseñaba esgrima y combate cuerpo a cuerpo a sus discípulos. Alice miraba impresionada la agilidad con la que Blum se movía. Le recordaba a un felino.

Flint se encontraba en el granero con otros quince elfos. El elfo castaño no daba ningún tipo de clases ni nada parecido. Él y sus compañeros se dedicaban a forjar espadas y todo tipo de armas de metal, tales como dagas e incluso flechas para los arqueros. Flint estaba en su elemento, a Alice le sorprendió la velocidad con la que el elfo trabajaba. Parecía poder hacer tres espadas en perfectas condiciones en tan sólo

quince minutos.

Por último, Sonya se encontraba cerca de la hoguera.

Estaba rodeada de varios elfos de distintas edades. Ella se encontraba al centro del grupo. Llamó la atención de Alice cuando con un floreo de la mano derecha logró hacer levitar un gran pedazo de madera. La palma de su mano y aquél objeto estaban rodeados por un ligero resplandor de luz blanca.

—Tienen que concentrarse para que el hechizo funcione —decía Sonya en ese momento, miraba fijamente el trozo de madera y este se mantenía suspendido en el aire—. La Levitación es uno de los hechizos más básicos, deben poder dominarlo antes de pasar al siguiente hechizo.

Alice vio cómo los discípulos de Sonya realizaban el encantamiento.

Extendieron la palma de su mano sobre un trozo de madera y realizaron un elegante floreo con la muñeca. Al instante, sus manos emitieron un resplandor de luz blanca y sus respectivos trozos de madera se levantaron en el aire. Sonya aplaudió emocionada, dando un par de saltitos de alegría. Sin embargo, Alice comenzó a aburrirse. Así que pasó el resto del día paseando por el campamento. Su pequeña amiga, la Nympha, revoloteaba entre los demás elfos, saludando a todos con amplias y cálidas sonrisas.

El tiempo pasó hasta que anocheció, Alice ya estaba bastante hambrienta.

Por la noche, todos los elfos del campamento, sin excepción, se reunieron alrededor de la gigantesca hoguera. Sonya y sus discípulos encendieron el fuego con un chasquido de los dedos. La anciana Yaris sirvió la cena que había preparado: consistía en un tazón hondo de estofado de carne y un vaso de agua. Sus seis amigos cenaron entre los demás. Luego de la deliciosa cena, Alice esperó que cantaran canciones de hoguera o que asaran malvaviscos.

Tal cosa no ocurrió.

Henna se levantó de su asiento y llamó la atención de la multitud, diciendo en voz alta:

— ¡Escuchen todos! ¡Tengo un anuncio importante! —todas las miradas se ciñeron sobre ella—. ¡Quiero presentar a un nuevo miembro del Campamento Orión! —Señalo a Alice y añadió—: Su nombre es Alice, viene del Mundo de los Humanos.

Al decir aquello, varios murmullos se hicieron presentes. Alice sintió las pesadas miradas de todos sobre sus hombros. Más de uno hizo gestos despreciativos hacia ella.

— ¡Ella fue traída hasta aquí por Flarium! —continuó Henna haciendo callar a los otros—. A partir de hoy, Alice es otra Rebelde. Todos tendrán que protegerla, así como nos cuidamos entre nosotros.

Sus palabras no tuvieron el efecto deseado. Los murmullos volvieron a escucharse, Henna soltó un bufido de inconformidad. Alice quiso intervenir, pero de su boca no emanaba ningún sonido. Miró a la Nympha en busca de ayuda, pero esta negó con la cabeza, como si tampoco supiera qué hacer. Sonya se levantó de su asiento en ese momento y habló, con voz alta y autoritaria:

— ¡A callar! ¡Ya han escuchado a Henna! ¡Alice es una Rebelde a partir de esta noche! ¡Flarium confía en ella y nosotros debemos hacerlo por igual! ¡Orión nos ha bendecido con su llegada, así que acepten a la humana como una de nosotros!

Resignados, los elfos respondieron afirmativamente. Sonya volvió a sentarse y le dedicó un guiño y una sonrisa de picardía a Alice. La chica devolvió el gesto.

Apagaron la hoguera y cada elfo se retiró a sus aposentos para descansar. Cuando Alice se dirigió a la casa de Henna, Sonya la llamó con un ademán de la mano. Alice se acercó a ella y la Nympha la siguió.

—Te agradezco mucho lo que has dicho sobre mí en la hoguera —dijo Alice con una sonrisa.

—No fue nada —respondió Sonya devolviendo el gesto—. Quería ofrecerte la cama de Blum para que duermas esta noche —dijo con amabilidad.

—Pero… ¿Qué hay de ella? —preguntó Alice confundida—. ¿Está de acuerdo?

—A Blum le toca montar la guardia esta noche, junto con Raziem y Dristan —respondió Sonya—. Su cama estará libre —aseguró—. Para ti será más cómodo dormir ahí que en el sofá. Además, para mi es más cómodo dormir acompañada —añadió con una sonrisa.

Alice aceptó sin dilaciones.

La chica siguió a Sonya al mismo tiempo que Blum abandonaba la propiedad para realizar sus tareas nocturnas. Se perdió entre la penumbra nocturna, así que para Alice fue imposible descubrir a dónde se había ido.

Vio también entrar a Flint, que siguió a Henna hasta su habitación, ambos soltaban risas de complicidad.

Alice supuso que ese par tendría una noche muy agitada y quizá esa era la razón por la cual Sonya no quería tener la habitación para ella sola.

Subieron la escalera de piedra hacia los dormitorios.

Al entrar en la habitación, Sonya dejó la puerta entreabierta. Alice se detuvo en la entrada. Sólo entonces recordó que sentía una necesidad enorme de darse un baño. Así que externó su deseo en voz baja y con timidez:

—Sonya… ¿Dónde puedo ducharme?

Sonya la miró confundida.

Por un momento Alice creyó que la joven elfa le diría que en aquél mundo no existía tal cosa como las duchas, pero no fue así. Para su fortuna, Sonya respondió con una sonrisa:

—La puerta que está en la cocina, la que Henna te prohibió abrir —aclaró—. Esa puerta conduce al cuarto de baño. El agua está siempre tibia —informó con una sonrisa—. Ahí encontrarás todo lo que te haga falta.

Alice agradeció con una sonrisa y se dispuso a retirarse.

La Nympha se separó de ella para ir a saltar sobre la cama de Blum. Sonya le dedicó una cálida sonrisa a la pequeña criatura.

Alice bajó la escalera de piedra para dirigirse al cuarto de baño.

Al pasar frente a la chimenea, llamó su atención el cuadro de la hermosa mujer que colgaba de la pared. Esa enigmática mirada le provocó escalofríos, el azul de los ojos de la mujer era del mismo tono exacto que los de Alice, era casi como verse en un espejo. Se sobresaltó al ver como los hombros de la mujer se levantaban ligeramente como si respirara.

—Seguro estoy delirando —dijo para sí misma.

Le dio la espalda al retrato y continuó su camino.

Entró al cuarto de baño y la puerta se abrió con un rechinido.

El interior de la habitación era alumbrado por un par de lámparas de

aceite. Las paredes estaban recubiertas de mármol igual que el suelo.

Era una habitación pequeña y cuadrada.

Había algo semejante a un pequeño inodoro tallado en mármol, adornado con un par de plantas silvestres que crecían en macetas de barro. Vio también una tina de baño, tallada en mármol igualmente. Estaba colocada debajo de un par de rendijas metálicas a través de las cuáles, supuso Alice, salía el agua. No había ningún tipo de cortinaje para cubrir su cuerpo desnudo, pero supuso que nadie la molestaría.

Se sorprendió al ver que no había ningún tipo de jabón o productos de higiene personal. Tendría que conformarse con ducharse tan sólo con agua.

Tardó unos minutos en descubrir el funcionamiento de las dos rendijas. Al pasar la punta de sus dedos por encima de ellas, emitieron un borboteo. La rendija de la derecha comenzó a expulsar agua caliente y cristalina. El agua llenó media capacidad de la tina y así sin más, se detuvo. Acto seguido, la rendija restante comenzó a funcionar, expulsando agua de un inusual color salmón. Alice sonrió de oreja a oreja cuando vio que el agua de color salmón era semejante al jabón líquido para hacer burbujas que ella usaba en casa.

Cuando la tina estuvo lista, las rendijas dejaron de funcionar.

Alice miró entonces la tina y vio que esta tenía un agujero tapado con un corcho en el fondo, supuso que éste permitía que la tina se vaciara.

Satisfecha, comenzó a desnudarse.

Al sacarse la parte superior del traje que usaba, percibió un molesto picor en la espalda. Maldijo por lo bajo al no tener ningún espejo cerca para mirarse. Decidió ignorarlo y terminó de sacarse la ropa, para luego sumergirse en la tina de baño.

La sensación fue bastante agradable.

Permaneció sentada en la tina, abrazando sus rodillas y dejando que su cuerpo se acostumbrara a la temperatura del agua. Se sorprendió al notar que no había ningún tipo de vapor emanando del agua caliente, aunque no le dio mucha importancia a la situación. A esas alturas, ya había visto tantas cosas que la ausencia de vapor no le pareció interesante. Así que se relajó y se sumergió bajo el agua.

Jarko, el lobo de negro pelaje y brillantes ojos amarillos, corría a toda velocidad a través de un oscuro bosque.

El suelo pastoso estaba cubierto de una densa capa de neblina.

Soplaba un aire gélido y el lobo podía ver el vaho saliendo de su boca. Los árboles crecían muy juntos en aquél lugar. A sus espaldas aún se veía la resplandeciente Ciudad Imperial, no había recorrido aún la distancia suficiente. Sin embargo, aún podía percibir ese hedor a humano, tan asqueroso y desagradable para su olfato, que le indicaba en qué dirección estaba su presa.

Si se daba prisa, lograría encontrarla antes del amanecer.

Se vio obligado a detenerse cuando escuchó los correteos de un segundo cuadrúpedo a sus espaldas.

Se giró violentamente con las fauces abiertas para asestar un mortal mordisco contra su perseguidor, pero no logró ver nada. El silencio nocturno le pareció de lo más molesto en ese momento. Volvió a girarse para continuar con su camino y se llevó un susto de muerte al ver lo que había frente a él.

Eran tres grandes y fornidos lobos. El primero, el de la derecha, era de color gris y poseía un par de grandes ojos de color negro. El segundo, el de la izquierda, era negro y de brillantes ojos cafés. Y el tercero, el del centro, era de color blanco y tenía un par de brillantes ojos azules. Los tres miraban a Jarko como quien mira a un insecto.

Jarko se recuperó del susto y reclamó furioso, con un gruñido:

— ¿Qué hacen aquí? ¡Salgan de mi camino! —ordenó con violencia.

—Los traidores como tú, Jarko, tienen prohibido pisar nuestras tierras —respondió el lobo blanco con voz grave y profunda—. El Paso de los Lobos queda a un par de kilómetros de aquí —le recordó.

—Llevas mucha prisa, al parecer, Jarko —secundó el lobo gris—. ¿Serías tan amable de decirnos a dónde te dirigías con tanta urgencia?

— ¡Eso no les incumbe! —Respondió Jarko con violencia y soltó un enfadado gruñido—. ¡Apártense de mi camino!

— ¿Qué podría haber de interesante al otro lado del Paso para ti,

Jarko? —Continuó el lobo gris.

—Flarium ya nos ha advertido —dijo el lobo negro de ojos cafés en tono amenazador.

— ¿Y qué sabe Flarium? —reclamó Jarko.

Entonces, el lobo blanco avanzó un par de pasos para encarar a Jarko. Lo miró con desdén y sentenció con firmeza:

—Sabemos lo que hay en el Campamento Orión y no te dejaremos llegar. Así que vuelve por dónde has venido, de lo contrario tendrás que morir aquí.

Jarko, sorprendiendo a todos los presentes, soltó un epíteto en voz baja y se retiró a toda velocidad. El lobo blanco mantuvo la mirada fija en la oscura silueta de Jarko hasta que lo vio desaparecer. Entonces se giró y miró a sus dos compañeros, inexpresivo.

—Si intenta volver, no saldrá del Paso con vida —aseguró el lobo gris.

—Jaku se ha arriesgado bastante al amenazar a Jarko —comentó el lobo de ojos cafés.

Jaku, el lobo blanco, dirigió una mirada al cielo antes de responder, con voz enigmática y susurrante:

—Orión tampoco brilla esta noche, puede que Flarium esté equivocado.

—Uno de nosotros tendría que advertir a Henna y los demás —insistió el lobo gris.

—Por ahora, no sabrán lo que Jarko planea —dijo Jaku—. Debemos implorar a Orión para que Flarium tenga razón.

Dicho esto, Jaku y sus compañeros abandonaron aquél lugar, al mismo tiempo que una figura de cuatro patas y brillante pelaje pardo los observaba desde la distancia.

Cuando terminó de ducharse, Alice volvió a ponerse sus ropas.

Sacó el corcho de la tina para que el agua se fuera a través del

pequeño orificio.

Salió del cuarto de baño y volvió a subir las escaleras para dirigirse a la habitación de Sonya. Al entrar, vio a la joven elfa sentada en el alfeizar de la ventana. Tenía las piernas cruzadas y sus manos descansaban sobre su regazo. Tenía la mirada clavada en el oscuro cielo nocturno. Su semblante se notaba agobiado y apesadumbrado. Alice se aclaró la garganta para hacerse notar. Sonya no la miró. Alice se acercó a ella y dijo, en voz baja:

— ¿Qué miras?

Sonya soltó un pesado suspiro antes de responder. Dijo con voz baja y con tono enigmático, sin dejar de mirar el cielo mientras hablaba:

—Orión no brilla esta noche.

—He escuchado a varios de ustedes jurar en nombre de Orión —comentó Alice mientras se acercaba lentamente a la ventana—. Tendrás que perdonarme, pero… ¿Quién es ese sujeto?

Sonya esbozó una amplia y dulce sonrisa antes de responder.

—Orión no es una persona —dijo—. Es una estrella.

Alice se mostró confundida y tartamudeó sin saber qué decir a continuación. Sonya le animó a subir al alfeizar de la ventana para ampliar su explicación. Cuando Alice se sentó junto a ella, Sonya señaló el cielo con un blanco y delgado dedo, diciendo:

—Ese es Orión.

Alice miró lo que había en esa dirección. En el cielo no pudo ver absolutamente nada. Cerró un poco los ojos y sólo entonces descubrió una pequeña esfera de un color más oscuro que el cielo nocturno, se veía muy opaca.

—Orión es nuestro guardián, nuestro protector —continuó Sonya—. Dicen que su brillo siempre ha bendecido las tierras de Astaria y los océanos que nos rodean... Lamentablemente, Orión dejó de brillar hace ya mucho tiempo.

— ¿Cuánto? —preguntó Alice.

—No estoy segura —respondió Sonya con seriedad—. Cien… Doscientos años. Su brillo se apagó el mismo día que la Gran Reina Alicia

desapareció.

—Muchos elfos han luchado por recobrar la paz en Astaria y recuperar la luz de nuestro protector. Pero… Estamos a merced de Aythana y las Sombras, no importa cuánto luchemos contra ellas. Todas las aldeas han sido quemadas o se encuentran bajo el régimen de Aythana. El Campamento Orión es el único lugar donde aún existe la libertad… —soltó una dulce risa y añadió sonriendo con ironía—. Al menos eso aparentamos. Los soldados de la Ciudad Imperial nos cortarían la cabeza sin dudarlo, todos los Rebeldes Orión somos fugitivos, pero somos…

—Los únicos con el valor suficiente como para atreverse a luchar —razonó Alice completando la frase de Sonya.

—Yo no podría haberlo dicho mejor, Alice —sonrió Sonya como respuesta.

Alice tenía aún muchas preguntas que hacer. Sin embargo, Sonya puso fin a la charla al bajar del alfeizar de la ventana. Se recostó en su cama y se cubrió con las sábanas, diciendo:

—Duerme bien, Alice.

La chica respondió con una sonrisa y subió a la cama de Blum. Al instante, se quedó dormida.

Capítulo 7

VI

La habitación de la princesa Swan era quizá demasiado grande para que la ocupara una sola persona.

Las paredes y el suelo estaban hechos de reluciente cristal, aunque no podía verse a través de él. En un lado de la habitación había un vitral que daba acceso a una terraza. Había una cama con dosel cubierta con sábanas de color celeste y las cortinas eran de encaje blanco. Había también un hermoso tocador tallado en caoba y un gran espejo empotrado en la pared, un gigantesco librero y un elegante sofá de color blanco.

En un muro estaba colgado un retrato de la hermosa princesa, enmarcado en hoja de oro, donde aparecía Swan usando un largo vestido de color musgo y una tiara plateada adornaba su cabeza.

En el retrato la acompañaba un niño pequeño idéntico a ella en todos sus rasgos, incluso en sus puntiagudas orejas y el par de alas que lucían en la espalda. El niño usaba un traje de porte medieval de color azul marino con detalles dorados y en su cabeza, adornando su cabello castaño con corte a lo paje, llevaba una corona plateada.

Dentro de la habitación había dos puertas.

Una conducía a un cuarto de baño y la otra, a un gigantesco armario.

Aquella era una mañana fría y lluviosa.

Swan estaba recostada en su cama, desnuda.

Una sábana cubría la parte inferior de su cuerpo desde la cintura hasta los pies. Con sus brazos cubría sus senos, estaba recostada sobre su costado izquierdo. En su espalda había cientos de pequeños cortes

marcados en un intenso color rojo.

Cinco de ellos aún destilaban sangre.

Sus alas estaban decaídas.

En su rostro esbozaba una mueca de intenso dolor.

Una lágrima solitaria corrió por su mejilla, respiraba con dificultad.

Alguien llamó a la puerta.

—Majestad, el desayuno —escuchó la voz de una mujer joven al otro lado de la puerta.

—Voy en un minuto —respondió Swan en voz baja.

Con mucho esfuerzo logró levantarse, ahogando un grito de dolor.

Tardó unos segundos en recuperarse.

Tomó del suelo una bata de seda que usó para cubrir su desnudez.

Caminó lentamente para llegar a la puerta y la abrió de par en par. Una joven elfa rubia, que usaba un delantal de encaje blanco sobre su largo vestido de color gris, la saludó con una sonrisa. Llevaba una bandeja de plata donde transportaba el desayuno de Swan: un tazón de avena, jugo de naranja y una ensalada de frutas. La bandeja iba adornada con una rosa roja metida en un pequeño florero de cristal.

La elfa rubia dejó la bandeja sobre el tocador de Swan y se retiró, no sin antes ofrecerle una reverencia. Swan agradeció con una sonrisa y volvió a cerrar la puerta. Se sintió asqueada al ver su desayuno. Volvieron a llamar a la puerta y ella entornó los ojos.

Sólo quería estar sola.

—Majestad, abra la puerta.

Reconoció la voz, era un hombre.

Abrió más velozmente la puerta y recibió a un apuesto caballero moreno. Iba vestido con un traje de porte medieval de color musgo y una espada colgaba de su cinturón de cuero negro. Su cabello era corto, rizado y de color negro. También tenía alas puntiagudas en la espalda.

— ¿Puedo pasar? —preguntó el caballero.

—Me ofendería si no lo hiciera, Lord Century —respondió Swan con una sonrisa.

El caballero se adentró en la habitación y Swan volvió a cerrar la puerta. Ambos tomaron asiento en el sofá, Swan se aseguró de seguir ocultando su desnudez.

— ¿Cómo se siente, princesa? —Preguntó Lord Century—. Supe que Aythana la lastimó.

—Han sido sólo un par de azotes, nada de qué preocuparse —sonrió Swan para luego mostrar un semblante serio y añadir—: ¿Hay noticias de Flarium?

—Envié a cinco de mis hombres a buscarle en los territorios cercanos al Paso de los Lobos, pero no lograron encontrarlo —respondió Lord Century inexpresivo—. Y como usted sabe, no podemos atravesar los territorios de la manada de Jaku.

— ¡Tengo que hablar con él! —Exclamó Swan—. ¡Necesito saber si esa humana que encontré en el bosque es…!

No pudo terminar la frase. Abruptamente, Lord Century la hizo callar tapando su boca con una mano. Ella se mostró indignada.

—Lo lamento, alteza —se disculpó—. Usted sabe que decir ese nombre está prohibido, si Aythana la escucha decirlo…

Swan retiró con violencia la mano de Lord Century para poder responder.

—Me mantendré en silencio si usted trae a Flarium —dijo.

—No podemos buscarlo más allá del Paso de los Lobos —insistió Lord Century—. Su líder, Jaku, nos ha recordado en un sinfín de ocasiones que no podemos pisar sus tierras.

— ¡Es una injusticia! —reclamó ella con voz aguda—. ¡Los Rebeldes Orión pueden cruzar a su antojo el Paso de los Lobos, pero nosotros no podemos hacerlo!

—Majestad, le suplico que no se altere —dijo Lord Century con firmeza—. Haré lo posible para localizar a Flarium, pero no le prometo que logremos progresar.

—Eres el único en quien puedo confiar realmente, Lord Century —confesó Swan aún alterada—. Saber que no tenemos progresos es tan difícil de aceptar.

—Orión no nos ha bendecido aún, pero estoy seguro de que lo hará pronto —aseguró Lord Century—. Mientras tanto, manténganse al margen y no busque más castigos —le ordenó, Swan esbozó una sonrisa traviesa—. ¿Hay algo más que necesite antes de que me retire, alteza? —preguntó con tono servicial.

— ¿Has sabido algo nuevo de los Rebeldes Orión? —preguntó Swan.

Lord Century soltó una sonora carcajada.

— ¿Qué es tan gracioso? —preguntó Swan aún sonriendo.

—Me parece hilarante que usted sienta tanto odio por los Rebeldes Orión y aún así se preocupe tanto por ellos —explicó Lord Century—. Pero no, alteza, no hay nuevas noticias.

—No los odio a todos —comentó Swan divertida—. Es sólo que Henna no me perdona aún haber salido con Flint.

—Créame, Alteza, a nadie aquí le agrada que esté tan orgullosa de esa relación —comentó Lord Century usando el mismo tono de un padre estricto y sobre protector—. Pero gracias a su noviazgo con el joven Flint, logramos establecer contacto con esos seis valientes y nobles jóvenes.

—Valientes y nobles fugitivos —corrigió Swan—. Lord Century, usted sabe que aunque ellos busquen justicia, toda la armada de Astaria les dará caza si se descubre su ubicación —le recordó.

—Le aseguro, alteza, que la ubicación del Campamento Orión permanecerá en secreto —dijo Lord Century y se levantó del sofá—. Debo volver a mi puesto, sólo he venido para ponerla al tanto de las noticias.

—Más bien de la falta de noticias —volvió a corregir Swan.

—Bien dicho, princesa —concedió Lord Century y ofreciendo una reverencia, se retiró de la habitación.

Swan permaneció sentada en el sofá, en silencio. Necesitaba saber algo, cualquier cosa, sobre Flarium. Estaba preocupada y desesperada.

Y si Lord Century no podía darle información útil, tendría que buscarla por sí misma.

Así que se dirigió al armario, haciendo caso omiso de su desayuno.

— ¡Levántate, asquerosa!

Alice despertó cuando escuchó los agudos gritos de Blum.

Aturdida, se levantó de la cama que había ocupado por oferta de Sonya.

La Nympha, que dormitaba acurrucada junto a ella, también se levantó aturdida.

Blum estaba hecha una furia.

— ¡Que te levantes, dije!

Alice obedeció y buscó apoyo en Sonya, pero la elfa de los ojos púrpura había desaparecido ya. Alice miró por la ventana. A juzgar por la posición del sol, era ya medio día. Salió de la habitación mientras Blum aún vociferaba sus quejas. La Nympha viajaba sobre su hombro, riendo a carcajadas por la reacción de Blum.

—No te burles de ella o nos matará —bromeó Alice con una sonrisa.

Al bajar los irregulares peldaños de piedra, Alice se encontró con que Henna y sus amigos ya estaban sentados a la mesa. El desayuno ya estaba preparado. Alice percibió el aroma de jamón ahumado y cordero asado. De pronto se sintió muy hambrienta.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, Alice —respondieron todos al unísono.

Sonya le señaló un asiento libre. Esbozaba su amigable sonrisa que le daba ese aire infantil y juguetón que tanto la caracterizaba.

— ¿Dormiste bien? —preguntó Raziem a Alice.

—La cama de Blum es muy cómoda —sonrió Alice.

—Creo que Blum querrá desinfectarla antes de usarla de nuevo esta noche —bromeó Flint con una carcajada.

—Por cierto, ¿a quién le toca montar la guardia de hoy? —preguntó Henna.

Alice y la Nympha degustaban su desayuno mientras el resto de sus compañeros mantenían su conversación.

—Esta noche es turno de Sonya, Flint y Henna —explicó Raziem.

— ¿Sólo ustedes seis se encargan de hacer guardia por las noches? —preguntó Alice con toda la intención de participar en la discusión.

—No hace falta más —sonrió Sonya—. Además es una forma de proteger al resto de los Rebeldes. Nosotros somos los líderes, así que nosotros hacemos las guardias —explicó.

—Suena razonable —concedió Alice.

— ¡Por cierto! —Intervino Dristan—. Tenemos que ir a la Aldea Lunar para conseguir provisiones.

—Es cierto, tenemos que buscarle ropa a Alice —comentó Sonya—. Un par de trajes y un arma.

—Preferiría que Yaris le confeccionara un traje a la medida —dijo Henna—. No estoy segura de que sea correcto sacar a Alice del campamento por ahora.

—Primero deberíamos estar seguros de que el hedor a humano ha desaparecido de su cuerpo —secundó Flint.

— ¿Hedor? —preguntó Alice ofendida.

—Los humanos despiden un hedor horrendo para nosotros —explicó Sonya—. Es insoportable, te lo juro.

— ¿Tanto apesto? —preguntó Alice aún ofendida.

—No sólo tú, son todos los de tu clase —dijo Henna—. Afortunadamente ese aroma está desapareciendo ya, aunque aún conservas un poco.

—Lo cual aún nos pone en peligro —dijo Dristan—. Si Jarko lo percibe, nos encontrará.

—Quizá sólo para estar seguros, Sonya debería reforzar los encantamientos que ocultan el campamento —comentó Flint.

—Lo haré tan pronto termine mi desayuno —sonrió Sonya.

La discusión continuó por un par de horas más. Al terminar sus alimentos, Alice ayudó a Sonya a limpiar la mesa y lavar los platos sucios. La chica creía que al carecer de las mismas habilidades que tan bien dominaban los seis elfos, lo menos que podía hacer por el Campamento Orión era mantener limpia esa pequeña casa.

Así que luego de terminar de lavar los platos tuvo la intención de limpiar el lado de la habitación de Blum. Sin embargo, Sonya lo impidió al decir:

—Prepárate, Alice. Iremos a la Aldea Lunar en veinte minutos.

Aquello provocó otra altisonante discusión entre los elfos, incluida Blum que devoró a toda velocidad su almuerzo. Henna insistía en que era peligroso que Alice saliera del campamento, Sonya insistía en que era necesario que ella los acompañara. Finalmente Henna aceptó.

La mujer rubia condujo a Alice hasta el establo del campamento. Le mostró a Alice un grupo de hermosos corceles de color marrón. Las crines estaban pulcramente peinadas y trenzadas. Alice esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Su padre solía llevarla a clases de equitación cuando era niña. De pronto extrañó a su padre. Se preguntó qué estaría pasando en su mundo. ¿Leve ya había notado su ausencia? ¿Acaso la policía buscaba a Alice por todo el país? Encontraba más factible la idea de que Leve se hubiera alegrado tras su desaparición.

— ¿Me escuchaste?

La voz de Henna la sacó de su ensimismamiento. Alice la miró confundida.

— ¿Disculpa? —dijo.

—He dicho que viajarás con Sonya, en el mismo corcel, ya que ella te ha tomado tanto cariño —dijo Henna de mala gana. Miró a la pequeña Nympha y añadió amigablemente—: Tú tendrás que quedarte aquí, es peligroso que vengas con nosotros.

La Nympha esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza. Antes de montar en los corceles, Henna le entregó a Alice una raída y vieja capa de color negro. Al extenderla, levantó una nube de polvo. Alice estornudó.

—Tendrás que usarla —explicó Henna.

Alice vio entonces que los seis elfos se habían puesto capas similares sobre los hombros. Todas tenían un gorro con el que cubrieron sus

rostros. Alice supuso que necesitaban mantenerse ocultos si debían entrar a un lugar tan poblado como una aldea, considerando el aire de confidencialidad que se respiraba en el Campamento Orión. Imitó a los seis elfos y se puso la capa sobre los hombros.

Era pesada.

Flint intentó ayudarla a subir al corcel que ya montaba Sonya, pero Alice no necesitó ayuda. Se sintió un poco decepcionada al no poder tomar las riendas del caballo.

El resto de los elfos ocuparon un corcel cada uno.

Partieron inmediatamente.

Tomaron la dirección contraria al lado del campamento por el que Alice había llegado. Los otros Rebeldes Orión los despedían con ademanes de la mano y les deseaban un buen viaje.

Alice se preguntó qué tan lejos estaría la aldea que visitarían.

Los corceles caminaron en dirección a su improvisado campo de entrenamiento y se adentraron por aquella linde del bosque que los rodeaba. Alice se sintió un poco perturbada cuando vio que Henna y Dristan preparaban una flecha en sus arcos, listos para disparar.

Se preguntó, un poco asustada, si acaso encontrarían algún enemigo en esa zona del bosque.

Recordó entonces a Jarko, el lobo negro de ojos amarillos.

Se preguntó dónde estaría aquél lobo asesino que había querido matarla.

Y entonces recordó a Flarium…

¿Dónde estaba Flarium?

Los árboles crecían muy juntos en aquella zona del bosque, hacía un poco de frío a pesar de ser un día soleado y hermoso.

Alice miró sonriente a un par de coloridas aves que los observaban desde las ramas de los árboles. Vio un par de ardillas y se preguntó si ellas también podían hablar. El sonido de los cascos en las patas de los caballos era como música para sus oídos. Nuevamente recordó a su padre.

Recordó aquella navidad, muchos años atrás, en la que su amado padre le había obsequiado una yegua de color blanco.

Linda, la habían nombrado. Alice la montaba todos los días, sin falta.

Pero entonces llegó Leve.

Tras la muerte de su padre, Leve vendió a Linda y utilizó el dinero para comprar un carísimo reloj chapado en oro que nunca utilizaba. Esa era una de las razones por las que tanto detestaba a esa mujer. Era como si viviera en uno de esos cuentos de hadas que su padre solía leerle. Él se había ido para dejarla viviendo con una madrastra malvada. Esbozó una sonrisa al pensar que ella ahora estaba viviendo en un cuento de hadas.

No supo cuánto tiempo caminaron los caballos por aquél bosque.

Pudieron ser quizá un par de horas.

No había ningún camino designado, ningún sendero adoquinado ni nada parecido.

Alice creía que estaban perdidos.

Vio algunas criaturas semejantes a mariposas que emanaban luz blanca de sus cuerpos. Una de ellas se posó sobre su hombro. Alice sonrió.

El viaje fue bastante agradable. Los seis elfos permanecieron en silencio mientras avanzaban.

Aquello fue agradable para Alice, le encantaba escuchar el sonido de los cascos en las patas de los caballos, combinado con el crujir de las ramas que pisaban y el sonido que producía el viento al soplar entre las copas de los árboles.

Finalmente logró ver que los árboles comenzaban a crecer más separados unos de otros. Se acercaban a la linde del bosque. Alice se deslumbró cuando finalmente salieron de entre el follaje. Al recuperar la visión se dio cuenta de que habían llegado a una aldea. Era similar al Campamento Orión pues parecía estar oculta en ese gigantesco claro. Estaba bordeada por tupidos árboles y un arroyo pasaba por en medio de la aldea.

Las casas eran de estilo rústico, construidas con madera.

Eran similares a las que había en el Campamento Orión, Alice se preguntó si acaso ambos sitios habían sido construidos por la misma

persona.

Logró ver cerca de veinte pequeños establos afuera de algunas casas.

Había un camino adoquinado que conectaba las casas y flores silvestres crecían alrededor de ellas. Había otros árboles creciendo solitarios dentro de la aldea, sauces y abetos.

Cruzando el arroyo había un gigantesco mercadillo de pulgas. A lo lejos podían verse un par de granjas. Cinco vacas obesas pastaban cerca de la linde del bosque. Alice se sorprendió al verlas, las vacas eran totalmente blancas y poseían dos colas. Vio también un grupo de gallinas que paseaban entre las vacas, todas con coloridos y exóticos plumajes. Los habitantes de la aldea paseaban y conversaban entre ellos. Se saludaban con cálidas sonrisas. Las mujeres cotilleaban mientras sus hijos pequeños correteaban. Las ancianas tejían sentadas en mecedoras cerca de la entrada de sus casas.

Los seis elfos bajaron de los corceles sin descubrirse los rostros. Dristan ayudó a Alice a bajar del suyo a pesar de que ella no necesitaba su ayuda.

—Dristan, tú cuidarás de los caballos —dijo Henna.

Dristan asintió con la cabeza. Henna guardó su arco y la flecha que llevaba lista para disparar antes de echar a caminar hacia el interior de la aldea. Alice despidió al elfo afeminado con un ademán de la mano y él respondió con una sonrisa.

El grupo avanzó hasta el mercadillo de pulgas. Pasaron por encima del arroyo gracias a un puente, Alice sonrió al ver que había una rana colorida a mitad del camino. Parecía haber sido acribillada por una pistola de pintura y miraba a Alice con un par de grandes ojos amarillos. Nuevamente se sentía como en un cuento de hadas.

Al llegar al mercadillo, los cinco elfos pasaron de largo entre las tiendas. La presencia de sujetos encapuchados parecía ser algo rutinario entre los habitantes de la aldea, pues ninguno se inmutó ante la presencia de los Rebeldes. Alice se preguntó si ya eran conocidos en esos territorios. Pensó que quizá todos ellos se habían criado en esa aldea y por eso su base estaba construida tan cerca de aquél pintoresco lugar.

Finalmente se detuvieron frente a una tienda de vegetales. Atendía un elfo anciano y regordete que ofrecía a sus compradores una sonrisa bonachona. Henna avanzó hasta el anciano y se descubrió el rostro.

—Buen día, señor —saludó cortésmente.

—Buen día, Henna —sonrió el anciano—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Alice no se sentía una gran estratega militar pero creyó que para ser líder de una rebelión, el hecho de que Henna permitiera que alguien conociera su nombre y su rostro era una falla crucial para sus planes. Aún así permaneció en silencio.

—He venido por el pedido de siempre —dijo Henna.

— ¿Cuánto dinero me tienes? —preguntó el anciano.

—Ciento cincuenta monedas —respondió Henna con firmeza.

— ¿Sólo eso? —Se extrañó el anciano—. La última vez me trajiste más de quinientas.

—No hemos podido conseguir más —explicó Henna—. ¿Qué puedes darnos por esa cantidad?

El anciano consideró su respuesta por unos minutos.

—Te diré qué haremos, Henna —dijo finalmente—. Te daré lo mismo de siempre con la condición de que Flint me fabrique diez espadas.

¿Así que también conocía a Flint? Alice negó imperceptiblemente con la cabeza.

— ¿Para cuándo? —preguntó Henna.

—Una semana es el tiempo límite —dijo el anciano.

Flint intervino entonces, descubriéndose igualmente el rostro.

— ¿Diez espadas por la misma cantidad de alimentos que nos da por quinientas monedas? —recalcó el elfo.

—Así es —confirmó el anciano—. ¿Lo toman o lo dejan?

Era un buen negociador, había que admitirlo.

—Hecho —dijo Flint.

Henna intercambió las monedas con el anciano. Este le entregó cinco cajas de madera llenas con carne y vegetales. Alice logró detectar un par de zanahorias de tamaño descomunal. Flint tomaba las cajas y se las pasaba a Raziem. Blum también ayudó cargando una caja. Henna despidió

al anciano con una sonrisa.

—Ustedes dos lleven las cajas con Dristan —ordenó Henna a Raziem y Blum, la pelirroja jugueteaba con un par de mariposas—. Nosotros iremos por lo que hace falta y pediremos prestada una carreta para transportar esto.

Los dos aludidos asintieron con la cabeza y se repartieron la recién adquirida mercancía.

Raziem llevaba tres cajas y Blum cargaba las dos restantes.

Volvieron sobre sus pasos, mientras Henna y los demás continuaban recorriendo el mercado.

— ¡Henna! —llamó entonces una mujer.

Todos se giraron.

Era una joven mujer pelirroja la que había llamado. Su cabello era rizado y lo llevaba peinado con una apretada coleta. Sus ojos eran de color verde y vestía con un traje similar al de Sonya, de esos que no dejaban mucho a la imaginación pues apenas cubrían una pequeña zona de piel. Llevaba un cinturón de cuero del que colgaba una espada de empuñadura dorada. Henna la miró con indiferencia.

— ¡Yma! —saludó Sonya con una sonrisa.

Hubo un intercambio de abrazos y besos en la mejilla. Yma, la recién llegada, ignoró a Alice olímpicamente.

— ¿Sabes algo de Flarium? —preguntó Flint a la mujer pelirroja.

Alice se preguntó si todos en aquél mundo conocían al lobo pardo.

—No ha venido por aquí desde hace un par de meses —respondió Yma—. ¿Se han enterado ya de lo que ocurrió en la Ciudad Imperial?

— ¿Se trata de Swan? —inquirió Flint.

Alice detectó inquietud en la voz del elfo. Henna lo fulminó con la mirada y entornó los ojos.

—Aparentemente Aythana le dio cien azotes a Swan —respondió Yma con indiferencia.

— ¡¿Qué?! —Se alarmó Flint—. ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

¿Cómo te enteraste?

— ¡Tranquilo, Flint! —exclamó Sonya con una sonrisa y le dio una palmada en la espalda.

Henna ni siquiera se molestaba en ocultar su evidente enojo.

—Gyn, el águila de Lord Century, nos trajo el mensaje —explicó Yma—. Swan se encuentra perfectamente, no estoy segura de que pueda asistir a la reunión con Jaku y los otros dentro de unas semanas.

Alice intentó asimilar aquella información, pero su atención sólo se centraba en el nombre del águila mensajera. Esbozó una sonrisa, le pareció gracioso.

— ¡Por esa razón le he dicho a Swan un millón de veces que deje de ocultarse en el castillo! —exclamó Flint alterado—. ¡Estaría más segura con nosotros!

— ¡No vamos a permitir la entrada de ningún miembro de la realeza a nuestro campamento! —exclamó Henna furiosa.

— ¡Tranquilos! —Exigió Yma—. ¡Swan vivirá! ¡Ha sufrido cosas peores!

Aquello bastó para calmar los ánimos entre los presentes.

—Por cierto, Yma —comentó Henna—. Ya que te hemos encontrado, necesito pedirte algo.

— ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Yma con tono servicial.

—Necesito un traje hecho a la medida para la nueva recluta del campamento —respondió Henna.

Acto seguido, Henna tomó a Alice del brazo para colocarla frente a Yma.

La mujer pelirroja asintió con la cabeza y les indicó a los Rebeldes y Alice que la siguieran.

Avanzaron por el camino adoquinado que conectaba las casas de la aldea.

Alice hubiera estado encantada con ver el entorno por el que paseaban, pero Henna llamó su atención al hablarle con un susurro al

oído.

—Cuando lleguemos a casa de Yma, tendrás que tener mucho cuidado —le dijo—. Confiamos plenamente en ella pero suele ser demasiado bocona cuando hay dinero de por medio. Así que una vez que descubra que eres una humana, tendrás que evitar responder a sus preguntas. Nosotros la obligaremos a jurarnos que no hablará, pero no puede delatarte con Aythana y Jarko si no sabe nada sobre ti.

— ¿Qué hago entonces? —preguntó Alice en un susurro.

—Sólo no respondas a ninguna de sus preguntas —respondió Henna—. Si te mantienes callada, terminaremos con esto pronto.

— ¿Yma es peligrosa? —inquirió Alice y su voz tembló al final de la frase.

—Sólo lo es cuando se trata de obtener dinero —continuó Henna—. No puedo culparla, cualquiera de nosotros haría lo mismo con tal de obtener un par de monedas.

Aquello provocó inseguridad en Alice. Al escuchar las palabras de Henna, sintió en su fuero interno que quizá estaba caminando con el enemigo en ese momento.

Llegaron finalmente a la casa de Yma, era totalmente idéntica al resto de las viviendas de la aldea. La puerta se abrió con un rechinido. Alice se sorprendió al ver que la estancia estaba casi totalmente vacía excepto por un par de sillas de madera, una chimenea y un montón de telas de distintos colores, hilos y agujas estaban tirados por el suelo. Alice descubrió su rostro y miró confundida el interior de la propiedad. ¿Acaso Yma vivía realmente en condiciones tan austeras?

—Ha sido por culpa de Aythana —respondió Yma a sus dudas al tiempo que cerraba la puerta, Alice la miró—. Sus hombres han saqueado la aldea en tantas ocasiones que no podemos tener muchas posesiones personales.

—Debe ser terrible vivir bajo el régimen de Aythana —comentó Alice.

—Lo es —confirmó Yma despreocupada.

La pelirroja perdió el habla cuando puso su entera atención en Alice. Su mandíbula cayó tanto que parecía que se desprendería de su rostro. Henna, Sonya y Flint se prepararon para detener a Yma si intentaba acercarse demasiado a la chica. Alice retrocedió un par de pasos.

—Eres… Una… —balbuceó Yma—. Una humana…

— ¿Podemos acelerar esto? —Urgió Henna—. Dristan, Raziem y Blum nos están esperando.

—Pero… —continuó Yma—. No logré percibir… Su hedor… ¿Cómo…?

— ¡Sólo date prisa! —secundó Henna, comenzaba a perder la paciencia.

Yma asintió con la cabeza y comenzó con su trabajo. Sonya ayudó a Alice a quitarse la capa para que Yma tomara sus medidas con una cinta métrica de color beige. Flint se retiró alegando que iría a buscar la carreta que necesitaban para transportar sus víveres, dejando solas a Alice y las tres elfas.

El silencio provocaba que Alice se sintiera incomoda.

Sólo escuchaba a Yma dando pasos a su alrededor y pidiéndole que levantara los brazos o se girara. Le dictaba las medidas a Sonya, quien las anotaba en una hoja de papel con una pluma de color marrón. A Alice le recordó a la pluma de un águila.

Pasaron cerca de quince minutos, a Alice le pareció eterno.

—Levanta tu cabello, querida —pidió Yma—. Descubre tu espalda, sólo un par de medidas más y terminamos.

Alice se retiró el cabello que caía como cascada por su espalda.

Lo pasó al frente y lo sujetó con ambas manos. El traje que estaba utilizando le dejaba la espalda descubierta y no estaba usando sostén, así que se sintió desnuda y expuesta ante Yma. Sintió los fríos dedos de la mujer recorriendo su espalda y colocando la cinta métrica en puntos específicos. Sintió cómo el dedo índice de Yma se detuvo en el centro de su espalda. En el mismo punto donde aún sentía ese extraño picor.

—Sonya, Henna… —escuchó decir a Yma—. Miren esto.

Alice sintió a Henna y Sonya a sus espaldas.

Henna le sujetó la nuca para que no volteara, lo hizo con tal fuerza que Alice se quejó.

En la espalda de Alice, en el punto donde Yma aún presionaba con su dedo, había dos pequeños y verticales rasguños marcados con un intenso color rojo. Tenían aproximadamente treinta centímetros de largo y los separaban sólo un par de milímetros. Sonya recorrió el punto entre los

rasguños con un frío dedo, Alice sintió escalofríos.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Alice.

—Yma, ¿tienes ya todas las medidas necesarias? —preguntó Henna por toda respuesta.

Alice no sabía lo que ellas habían visto pero el tono de voz angustiado de Henna le dijo que algo había ocurrido y tenían que irse lo antes posible. Sintió la capa que Sonya le colocó rápidamente sobre los hombros y la protegió de Yma, colocándose entre ambas.

—Es Ella… —decía Yma con voz temblorosa y aterrada.

Señalaba a Alice con un dedo acusador y balbuceaba sin sentido. Henna también se colocó entre Alice y Yma. Echó mano a su arco y preparó una flecha en caso de que fuera necesario.

—Tengo que entregarla… —decía Yma.

—Sonya, borra su memoria —ordenó Henna nerviosa, sus manos temblaban y sin duda fallaría el tiro.

—No puedo hacerlo, jamás he borrado una memoria —balbuceó Sonya, Yma no se atrevía a acercarse.

— ¿Qué está pasando? —exigió saber Alice.

— ¡Hazlo ya, Sonya! —insistió Henna enfurecida.

— ¡Podría matarla! —estalló Sonya, su voz quebradiza le indicó a Alice que estaba a punto de romper en llanto.

Alice no pudo atar cabos. Sucedieron varias cosas a la vez.

Se escuchó un atronador grito afuera de la vivienda de Yma. Alice, Sonya y Henna reconocieron la voz al instante. Era Blum y era posible que hubiera sido atacada. Aterrada por ese sonido, Henna disparó la flecha que tenía preparada y esta fue a clavarse en el pecho de Yma, derribándola de espaldas. Sonya soltó un grito agudo, Alice pudo ver entonces que las lágrimas corrían por las mejillas de la chica de ojos púrpura. Henna también estaba aterrada.

Dejaron en el olvido a la desafortunada Yma y acudieron en auxilio de su amiga. Alice las siguió dando traspiés. Las dos mujeres eran tan veloces que a Alice le costaba seguirles el paso. Los habitantes de la aldea comenzaron a gritar y a correr en todas direcciones. Estaban aterrorizados. Alice intentaba comprender qué había ocurrido en la casa

de Yma. No podía borrar de su mente la imagen de la pobre mujer siendo atravesada por una flecha asesina. Tampoco podía olvidar a Sonya llorando y a Henna aterrorizada. ¿Qué habían visto en su espalda? ¿Por qué sentía ese picor que tras el toque de Sonya, se había vuelto más intenso?

— ¡Deja de llorar!

— ¡Lo siento! ¡No puedo evitarlo!

Los gritos de sus dos acompañantes la sacaron de su ensimismamiento. Se sorprendió de no haber tropezado al no estar atenta del camino. Sonya enjugaba sus lágrimas con el dorso de la mano. Henna se notaba angustiada aún.

Finalmente encontraron a sus amigos, Alice se paralizó al ver la escena.

Blum estaba derribada en el suelo e intentaba detener una terrible hemorragia en su costado. Se quejaba casi inaudiblemente y parecía al borde de la inconsciencia. O algo peor. Raziem y Dristan luchaban contra el atacante de Blum. Un lobo negro de ojos amarillos.

—Jarko… —balbuceó Alice en voz baja y temblorosa.

Dristan tenía una profunda herida sangrante en el brazo y le costaba sujetar su arco con firmeza. Raziem no podía caminar pues tenía el mismo tipo de herida que Dristan en la pierna izquierda. Eran mordidas que Jarko les había propinado. Las cajas con víveres se habían desparramado en el césped.

Sonya acudió al auxilio de Blum mientras Henna se unía a la lucha contra el lobo negro.

— ¡Oye, sabandija! —Exclamó Henna—. ¡Métete con alguien de tu tamaño!

Disparó y la flecha pasó a milímetros de la cabeza de Jarko. Alice continuaba paralizada. ¿Dónde estaba Flarium para protegerla?

Miró cómo Sonya luchaba contra la herida de Blum, la pelirroja se había desmayado ya.

Las manos de Sonya temblaban, la experiencia que había vivido en casa de Yma la había dejado tan alterada que era incapaz de hacer magia. Sonya sabía que era capaz de curar las heridas de Blum pero no podía olvidar la imagen de Yma, muerta, con una flecha atravesada en el pecho.

—Tranquila, amiga —decía Sonya con voz entrecortada por el llanto—. Vas a estar bien, te lo juro.

Alice soltó un grito cuando Jarko embistió a Henna y logró derribarla. Con la caída, su cabeza impactó contra el suelo y quedó inconsciente. Jarko soltó un gruñido y emitió un sonido parecido a una maligna carcajada. Fijó sus ojos amarillos en Alice.

Dristan y Raziem comprendieron la intención de Jarko cuando este comenzó a acercarse a Alice lentamente, acechando.

Soltando un grito gutural, Raziem lanzó un golpe con su espada en contra de la espalda de Jarko. Dristan disparó una flecha que falló y fue a dar en la pierna herida de Raziem. El moreno fue derribado y Jarko volvió a reír. Sonya emitió un grito agudo, estaba tan aterrorizada como Alice. Abalanzándose sobre Dristan con las fauces abiertas, Jarko logró dominarlo. Mordió su costado izquierdo y Dristan soltó un alarido. Permaneció en el suelo mientras Jarko se abalanzaba contra Alice. Sonya vio llegar el ataque y extendió la palma de su mano derecha para intentar crear un encantamiento de protección. Su mano se iluminó con un resplandor de luz blanca, desafortunadamente se apagó tan pronto como se había encendido.

Jarko atrapó la pierna derecha de Alice entre sus fauces.

La chica soltó un alarido al sentir los colmillos del lobo clavándose en su piel.

Sin soltarla, Jarko echó a correr fuera de la aldea, llevando a Alice a rastras consigo.

La desdichada jovensita gritaba, sentía como si el trozo de pierna que llevaba Jarko entre sus afilados colmillos estuviese a punto de desprenderse de su cuerpo.

— ¡Sonya! —Exclamaba Alice desesperada—. ¡Flint! ¡Ayúdenme!

Casi como un acto deliberado, Jarko llevó a Alice a estrellarse contra una roca mientras dejaban atrás la aldea. El impacto la aturdió y su vista se nubló antes de caer en la inconsciencia. Lo último que percibió fue la sangre brotando del lado izquierdo de su cabeza.

—Flarium… —exclamó en un susurro inaudible.

Era casi medio día cuando los lobos se reunieron a pocos kilómetros de la entrada a la Ciudad Imperial.

En Astaria, los lobos eran considerados animales sagrados.

Aquellas bestias tenían su propia jerarquía. Existían rumores de que cuando un habitante de Astaria fallecía y recibía los funerales adecuados, reencarnaría como un lobo.

Los lobos obedecían las órdenes de Jaku, el líder de la manada. Un fornido lobo de hermoso pelaje blanco.

Todas las decisiones tomadas por aquellos cuadrúpedos debían ser sopesadas por Jaku mucho antes de poder ponerlas en práctica.

Los lobos se reunían siempre en sitios distintos para discutir cualquier tema que los involucrara. Preferían reunirse en lugares secretos para evitar recibir emboscadas de enemigos que ya conocieran su ubicación.

Aquella reunión tuvo lugar en una cueva.

El sitio estaba húmedo, oscuro y frío. Aquellos animales tenían una vista excelente, la penumbra no era problema para ellos. Se encontraban todos en círculo, de pie sobre sus cuatro patas. Abundaban los pelajes grises y oscuros.

El lobo blanco, Jaku, se había posicionado sobre una firme pila de rocas para dejar bien en claro que era el líder.

Todos los ojos se centraron en un hermoso lobo pardo que estaba sentado sobre sus patas traseras al centro del círculo.

Flarium parecía tener un duelo de miradas con Jaku pues ninguno pestañeaba.

El silencio era total, incluso sus respiraciones eran sutiles y silenciosas.

A cada lado de Jaku, a modo de guardaespaldas, había dos lobos grises de ojos del mismo color. El de la derecha tenía una cicatriz que cruzaba su ojo izquierdo, su pelaje no la cubría y estaba remarcada con color rosado. El lobo del lado izquierdo había perdido la mitad de la oreja derecha así como parte de su labio inferior, de tal modo que podía verse

un poco de su amarillenta dentadura.

Jaku rompió el silencio y habló con su voz profunda:

—Es preciso el momento.

— ¡Sentados! —rugieron los dos lobos grises con violencia.

Tenían un carácter de cuidado. Sus compañeros obedecieron y se sentaron sobre sus patas traseras, excepto Jaku y los dos lobos que lo flanqueaban. Flarium se mantuvo impasible.

— ¿A qué has venido, hermano? —preguntó Jaku al lobo pardo.

—He venido a solicitar tu ayuda, Jaku, para proteger a la chica humana que en este momento se encuentra bajo los cuidados de los Rebeldes Orión —respondió Flarium.

—Explica el motivo por el que solicitas nuestra ayuda —ordenó Jaku, se notaba tan tranquilo que cualquiera pensaría que no tardaría en tomar una siesta.

—Como ya les había informado, en el Campamento Orión se encuentra su majestad, la Gran Reina Alicia —explicó Flarium.

Murmullos se hicieron presentes entre el grupo de lobos. Las dos bestias a cada lado de Jaku tuvieron que soltar amenazadores gruñidos para que volviera a haber silencio.

—Alicia posee aún su forma humana —continuó Flarium—. Debe pasar en Astaria el tiempo suficiente para tomar su verdadera forma.

— ¿Es consciente la humana de su verdadera identidad? —inquirió Jaku.

—Me encargaré de revelarle el secreto cuando llegue el momento adecuado —aseguró Flarium.

— ¿Por qué habría de enviar a nuestros hermanos a vigilar a esa chiquilla? —continuó interrogando Jaku.

—Me parece que no es necesario recordarte que Jarko va tras la chica —respondió Flarium.

Jaku lo consideró por un segundo.

—En dos semanas tendrá lugar la reunión de los lobos con los miembros de la Rebelión —respondió Jaku—. Dos semanas es el tiempo

que cuidaremos a la chica —aseguró.

—Te lo agradezco, Jaku —dijo Flarium con una inclinación de la cabeza.

— ¿A dónde irás mientras se da la conversión? —inquirió Jaku.

—Ahora que Alicia ha vuelto a Astaria, la guerra no tardará en estallar —explicó Flarium—. He de despistar a Jarko para que desista de su búsqueda, además de proteger a Swan y el resto de nuestros espías —aseguró.

—Debes saber, Flarium, que la única forma en que permitiremos que alguien cruce nuestras tierras será por medio de la marca de la Rebelión. Si la princesa y sus lacayos no poseen la marca, tendremos que matarlos si pisan nuestros territorios —dijo Jaku.

—Me aseguraré de que así sea —asintió Flarium.

Jaku sabía que no era cierto. Conocía bien a la realeza y estaba seguro de que ningún habitante de la Ciudad Imperial estaría de acuerdo con tatuar en su cuerpo una marca que lo convertiría en un Rebelde. Con todo, confiaba plenamente en Flarium y en la Gran Reina Alicia.

Sólo quedaba esperar.

Flint llegó corriendo a toda velocidad donde yacían sus amigos heridos. Iba conduciendo una carreta acarreada por un asno de pelaje oscuro que comenzó a pastar cuando Flint se detuvo. Los caballos con los que habían llegado ya no estaban, probablemente habían escapado tras el ataque que sus amigos habían sufrido. Vio a Raziem intentando levantarse y quejándose del intenso dolor en su pierna. Dristan, Blum y Henna estaban fuera de combate. Sonya aún luchaba por hacer magia en la herida de Blum para hacerla cicatrizar, la pobre chica lloraba desconsoladamente. Flint corrió hasta Henna y le buscó el pulso. Aún vivía, era una suerte. Le dedicó una caricia en la cabeza y acudió con Sonya.

Su amiga tenía las manos manchadas con la sangre de Blum. Raziem logró arrastrarse hasta ese sitio, dejando un sendero de sangre por donde pasaba su pierna herida. Flint estaba aterrorizado, había sido una masacre y no había ningún aldeano fuera de su escondite para solicitar ayuda.

— ¡Sonya! —llamó Flint y sacudió a la chica por los hombros, Sonya

estaba fuera de sí.

— ¡No puedo! ¡No puedo hacer magia! —Decía ella mientras miraba aterrada sus manos—. ¡No puedo hacer ningún hechizo! ¡Tengo que salvar a Blum!

— ¡Cálmate! —exigió Flint dándole otra sacudida.

— ¡Blum morirá si no hago algo! —Seguía lloriqueando Sonya—. ¡No puedo hacer magia! —repitió.

En vista de que su amiga no podía tranquilizarse, Flint tuvo que darle una bofetada para que recuperara el sentido. La sacudió con violencia una tercera vez y la miró angustiado. Sus amigos estaban heridos y la única capaz de curar sus heridas parecía al borde de la locura.

Sonya logró recuperar la compostura aunque aún sollozaba y respiraba agitadamente. El golpe de Flint estaba marcado en un su mejilla, de un intenso color rojo. Raziem logró llegar hasta ellos y Flint lo miró aún más angustiado.

— ¿Qué pasó? —exigió saber el elfo castaño.

—Fue Jarko —explicó Raziem entre jadeos, Flint tuvo que abrazar a Sonya para que ella pudiera tranquilizarse—. Cuando Blum y yo llegamos aquí con los alimentos, vimos a Dristan peleando contra él. —Flint le dirigió una mirada de terror a su amigo del cabello azul, estaba inconsciente y la herida que tenía en el costado no era tan profunda como la de Blum—. Intentamos atacar a Jarko pero él fue mucho más veloz que nosotros —continuó Raziem—. En cuanto nos vio, se abalanzó sobre Blum y la atrapó entre sus fauces. No podíamos detenerlo, Jarko se ha vuelto más hábil para pelear.

—Henna, Alice y yo escuchamos el grito de Blum —continuó Sonya con el relato, ocultaba su rostro en el pecho de Flint para evitar seguir llorando—. Cuando llegamos aquí, Blum ya estaba herida y yo intenté hacer magia para salvarla. Henna luchó contra Jarko pero no pudo dominarlo. Y él… Se ha… —su voz se quebró con un sollozo—. ¡Se ha llevado a Alice, Flint! —exclamó hundiendo más su rostro en el pecho de Flint.

— ¿Se la ha llevado? —Preguntó el elfo castaño—. ¿Saben a dónde ha ido?

—Lo más seguro es que se la llevara a la Ciudad Imperial —comentó Raziem e intentó levantarse—. Tenemos que ir a salvarla, si Aythana la

tiene en su poder…

Pero fue incapaz de completar la frase. Su pierna aulló de dolor y él se desplomó en el suelo intentando reprimir un grito que amenazaba con brotar de su garganta. Sonya continuaba llorando desconsoladamente.

—Henna… Henna ha matado a Yma —sollozó Sonya aterrada, Flint la miró incrédulo—. Ha sido… Ha sido un accidente —explicó ella—. Yma vio en la espalda de Alice unos extraños rasguños… Sus alas, las alas de la Gran Reina Alicia están apareciendo en la espalda de Alice —dijo, sonaba aterrada. Flint acarició su espalda con aire protector y Sonya continuó con su relato—: Yma dijo que debía entregar a Alice con Aythana y nosotras intentamos protegerla. Pero escuchamos el grito de Blum y Henna… Le ha disparado a Yma por accidente y la ha matado.

—Ha sido lo mejor —concedió Flint—. Nuestro secreto ha muerto con Yma, no te lamentes por eso.

—Debemos asegurarnos de quemar el cuerpo de Yma —comentó Raziem una vez que se hubo recuperado de su fallido intento por ponerse de pie—. Si los habitantes de la aldea le hacen los funerales apropiados, podría reencarnar en un lobo y podría traicionarnos para conseguir indulgencia —dijo.

—Antes debemos volver al campamento para atender a nuestros amigos —dijo Flint decidido—. Los llevaremos en la carreta y luego, cuando todos hayan recibido atención médica, yo mismo iré a buscar a Jarko y salvaré a Alice.

Ninguno de sus dos amigos replicó. Sonya tuvo que sostenerse del hombro de Flint para no caer, sus rodillas temblaban y ella no lograba controlar bien sus pasos. Subieron los cuerpos heridos de sus amigos a la carreta y salieron de la aldea a toda velocidad para volver al campamento. Tenían el tiempo contado antes de que Jarko llegara a la Ciudad Imperial con Alice.

Jarko arrastró a la inconsciente Alice hasta llegar a un manantial.

Estaban en el claro de un hermoso bosque donde crecían campos de coloridas flores. La Ciudad Imperial podía verse demasiado cerca, estarían a pocos minutos de entrar en esos territorios.

Varias noches había pasado Jarko inspeccionando el Paso de los Lobos,

el cual no podía atravesar sin ser miembro de la Rebelión.

Para su fortuna, había encontrado un pasadizo por debajo de los territorios de la manada de Jaku y ahora se encontraba a kilómetros lejos de ellos. Alice no sólo estaba herida por la mordida de Jarko y el golpe en la cabeza si no que también había recolectado rasguños en sus piernas y sus brazos a causa de que el lobo la había arrastrado por el terreno rocoso.

Parecía que la chica estaba a punto de recuperar la conciencia pues se quejaba débilmente y comenzaba a mover la cabeza de un lado a otro.

Jarko la dejó sobre el césped mientras bebía la fresca agua del manantial.

No faltaba mucho para llegar a la Ciudad Imperial pero él consideraba que necesitaba un descanso.

Soltó una malvada risilla cuando recordó a los Rebeldes Orión luchando contra él. Había dejado una sobreviviente, pero estaba seguro de que ella se colapsaría en un ataque de nervios y nunca más volvería a interferir en sus planes.

Los otros Rebeldes seguramente ya estaban muertos.

El agua era refrescante, pronto obtuvo su segundo aire.

Se acercó de nuevo a Alice para tomarla por la pierna que antes había mordido y arrastrarla hasta su destino que ahora estaba tan cerca, pero se detuvo al escuchar el sonido de los cascos de un caballo. Miró en la dirección donde se escuchaba, el corcel se acercaba velozmente a él.

Se agazapó para atacar.

No vio venir el golpe.

Apareció un corcel blanco entre el follaje que lo golpeó con los cascos de sus patas delanteras. Soltando un chillido, Jarko cayó aturdido al suelo.

El jinete del corcel, un lánguido caballero castaño que ocultaba su rostro gracias al ala de un sombrero de color avellana, vestía con colores de tonos tierra. Su cabello, largo y castaño, caía por su espalda atado con una coleta. Sus manos iban cubiertas por gruesos guantes de cuero café. Con la mano izquierda sujetaba las riendas del caballo y con la derecha, aferraba la empuñadura dorada de una espada. Lanzó un golpe con la hoja de metal contra Jarko, hiriéndole el costado izquierdo de su cuerpo.

El lobo soltó otro chillido y se alejó a toda velocidad.

Iba trastabillando, pero pronto logró escapar.

El caballero misterioso bajó de su corcel de un salto, guardó su espada en la vaina de cuero negro y se colocó de rodillas junto a Alice.

Los hermosos ojos verdes del sujeto se notaban angustiados. Buscó el pulso de la chica y se alegró al descubrir que aún vivía. Alice se quejó cuando el caballero la tomó en brazos y la subió al corcel como si fuera un costal de patatas. Volvió a subir al corcel y dio una sacudida a las riendas para que la bestia cabalgara. Giraron sobre sus pasos para ir a la Ciudad Imperial.

— ¡A casa de Lord Century! —ordenó el caballero.

La voz le devolvió la lucidez a Alice por un segundo. Conocía esa voz. Volvió a caer en la inconsciencia antes de descubrir la identidad de su salvador.

Capítulo 8

VII

Alice recuperó la conciencia poco a poco. Lo primero que percibió fue la suavidad de las sábanas que la cubrían. Lo asoció con la seda, eran similares a las que usaba Leve. El único sonido que se escuchaba era el chisporroteo del fuego encendido en una chimenea.

La habitación era cálida.

Percibió que estaba semidesnuda, usaba tan solo sus pantaletas. Abrió los ojos y su visión tardó un poco en aclararse. La habitación en la que se encontraba era pequeña y cuadrada. Las paredes parecían hechas de madera y el suelo estaba cubierto por una alfombra similar al pelaje de un oso pardo. Estaba amueblada sólo por una cama individual, una chimenea y un pequeño armario de dos puertas tallado en caoba.

En la habitación había únicamente una ventana redonda, Alice miró a través del cristal y se percató de que había anochecido ya.

Se incorporó sintiendo un fuerte mareo y cubrió su pecho con la sábana, que era de color café. Su cuerpo estaba lleno de pequeños rasguños, algunos cubiertos por pequeños trozos de tela que tenían una pequeña mancha circular de sangre. Se percató de que a la altura de sus pies, en la orilla de la cama, había una muda de ropa y un cambio de zapatos con una pequeña nota.

Su visión se había aclarado por completo.

Extendió un brazo para tomar el trozo de papel y vio que alguien le había escrito un par de líneas con estilizada caligrafía curveada:

Cuando despiertes, vístete con esto y baja a comer algo.

Espero que te sientas mejor.

Estaban escritas esas palabras con lo que Alice reconoció como el alfabeto griego.

La puerta de la habitación estaba cerrada así que se levantó. Le costó mucho trabajo apoyar su pierna derecha pues ahí había recibido la mordida de Jarko. La herida estaba vendada. Extendió la muda de ropa, era un vestido de tirantes, de color rosa pastel, liso y sin adornos. Al ponérselo, el largo le cubrió un par de centímetros por debajo de las rodillas. El escote no era muy pronunciado pero servía para lucir su busto. La tela también era similar a la seda, le provocaba que el picor en su espalda se sintiera aún más intenso e incomodo. Los zapatos eran un par de zapatillas del mismo color que el vestido, el tacón medía cinco centímetros aproximadamente. Se las calzó y se tambaleó un poco al intentar caminar, no estaba acostumbrada a usar tacones.

Salió de la habitación y un corto pasillo oscuro la condujo a una pequeña cocina.

Las paredes y el suelo eran similares a los de la habitación donde había estado.

En la cocina había un horno de piedra, un par de mesas talladas en madera y un pequeño comedor circular para cuatro personas. Sobre la mesa había un cuenco de sopa caliente y una hogaza de pan recién horneado. Sentada a la mesa había una persona.

Era aquél caballero que la había rescatado de Jarko, mantenía su rostro oculto con el ala de su sombrero. Alice se aclaró la garganta sin atreverse a acercarse a él. El caballero la miró y esbozó una sonrisa. Aquellas facciones tan finas que se alcanzaban a distinguir no podían pertenecer a un hombre.

— ¿Te sientes mejor? —preguntó el caballero.

La voz tampoco le pertenecía a un hombre.

Era una mujer.

— ¿Swan? —Preguntó Alice—. ¿Eres tú?

Swan emitió una dulce risa y se sacó el sombrero, dejando al descubierto su larga cabellera castaña que iba peinada con una desaliñada

coleta. Miró a Alice con sus hermosos ojos verdes y dejó su sombrero sobre la mesa. Un par de mechones de cabello caían sobre su rostro.

Estaba tan desaliñada que no parecía una princesa.

— ¿Cómo te sientes, Alice? —preguntó Swan.

—Estoy bien —dijo Alice y caminó renqueando hasta ella—. ¿Por qué estás vestida así? —le preguntó.

—Es una larga historia —sonrió Swan y señaló el cuenco de sopa con un delgado dedo—. Eso es para ti, lo he cocinado con mis propias manos. Debes estar hambrienta, has estado inconsciente casi todo el día.

— ¿Qué hora es? —preguntó Alice y se sentó frente a ella para devorar la humeante sopa.

—Poco más tarde de la media noche —respondió Swan despreocupada.

— ¿Dónde estoy? —continuó Alice con el interrogatorio y tomó un poco de sopa, era un estofado de pollo.

—En la Ciudad Imperial —respondió Swan—. Esta casa le pertenece al general de la Corte Real de Astaria y un muy querido amigo, Lord Century —explicó—. Cuando hayas comido algo, te llevaré de vuelta al Campamento Orión y nos ocultaremos ambas ahí.

—Swan, tengo tantas preguntas… —se quejó Alice y le dio un mordisco a la hogaza de pan—. No entiendo muchas cosas de este mundo.

—Me lo imagino —sonrió Swan—. Ahora tenemos un momento a solas, hasta que Lord Century vuelva para escoltarnos una parte del camino. Así que resolveré todas tus dudas en cuanto hayas terminado de comer.

Alice sonrió al recordar a su amado padre. Él también tenía la costumbre de hacer que Alice terminara por completo sus alimentos antes de darle cualquier cosa que ella quisiera. De pequeña, Alice se terminaba los vegetales hervidos hasta que el plato quedaba reluciente con tal de que su padre le diera cualquier obsequio que le había comprado al salir del trabajo.

La chica se empeñó en terminar su sopa con tal de obtener respuestas, Swan la miraba divertida.

Los Rebeldes Orión tuvieron suerte de llegar a su refugio con vida.

Cuando Sonya se hubo recuperado de su crisis nerviosa pudo hacer una serie de encantamientos para curar las heridas de sus amigos.

Todos los demás miembros de la Rebelión se vieron afectados con la noticia de que sus líderes habían sido atacados.

Los seis amigos se encontraban en la cabaña de las mujeres. Gracias a la magia de Sonya, todos se encontraban plenamente conscientes.

Vendaron sus heridas e intentaban recuperarse.

Yaris, la anciana cocinera, les preparó un delicioso estofado de carne para devolverles el ánimo.

Los seis Rebeldes se encontraban decaídos, preocupados, aterrados.

Sonya y Blum estaban juntas, sentadas en el mismo sofá con cuencos de estofado de carne en las manos.

Blum tenía todo el abdomen vendado.

Raziem estaba sentado en el descansabrazos de ese mismo sofá, su pierna herida también estaba vendada y le costaba trabajo apoyarla.

Dristan tenía el mismo tipo de vendajes que Blum además de un segundo vendaje en el brazo que Jarko le había mordido.

Henna estaba sentada en las piernas de Flint, tenía un golpe en el lado izquierdo de la cabeza, de color rojo que resaltaba en su blanca piel. Flint le rodeaba las caderas con un brazo y con el otro sostenía un cuenco de estofado.

Dristan rompió el silencio.

—Jarko ha dicho sabe lo que ocurre, antes de atacarnos —dijo el chico—. No cabe duda de que Aythana lo ha enviado a buscar a Alice.

—Jarko no tendría forma de saberlo —intervino Sonya.

— ¿Qué diablos vamos a hacer ahora? —Preguntó Flint—. ¿A dónde se la habrá llevado Jarko?

—A la Ciudad Imperial, no hay otra opción —respondió Henna en voz

baja.

—No podemos ir —dijo Blum—. Si ponemos un solo pie dentro de la Ciudad Imperial, estaremos condenados.

—No podemos dejar a Alice ahí —dijo Sonya con desesperación.

— ¿Estás totalmente segura de que viste sus alas, Sonya? —inquirió Raziem mirando a la chica.

—Estoy totalmente segura —confirmó Sonya—. Sus alas estaban apareciendo en su espalda, está convirtiéndose en una de nosotros.

—Debemos traerla aquí lo antes posible —insistió Henna.

— ¿Y cómo piensas hacerlo? —Le espetó Blum—. ¿Irás a la Ciudad Imperial y tocarás las puertas de cada una de las casas suplicando que te devuelvan a una prisionera humana?

—Alice no sabe lo que está ocurriendo —intervino Sonya antes de que Henna respondiera con un juramento en contra de la pelirroja—. Está indefensa y no podrá hacer nada para evitar que Aythana la asesine.

—Ella es parte crucial de nuestros planes —secundó Raziem—. Si logramos rescatarla podríamos esperar a que termine la conversión y sería nuestra mejor arma en contra de Aythana y sus hombres.

— ¡No podemos llevar a Alice a la guerra! —exclamó Sonya horrorizada—. Es frágil, levantarnos en armas y utilizarla para conseguir la victoria sería algo demasiado cruel e inhumano por nuestra parte.

— ¿Y qué piensas hacer entonces? —Inquirió Henna con violencia—. ¿Le pedirás a Aythana que te invite a tomar el té para pedirle que retire a sus tropas y libere nuestro reino?

—Este no es siquiera nuestro reino —comentó Blum muy a su pesar—. Astaria le pertenece a la nobleza, nosotros somos la plebe únicamente.

—Es por eso que Flint solía salir con Swan —les recordó Dristan—. Necesitábamos asegurar que un miembro de la familia real…

— ¡Hablas de Swan como si ella fuera parte de la Rebelión! —estalló Henna y sintió un punzante dolor en su cabeza a causa de la potencia de su voz.

—Lo es, aunque te cueste aceptarlo —le espetó Dristan—. Swan es

nuestra única informante en la Ciudad Imperial.

—Tenemos también a Lord Century, aunque yo sea el único que confía en él —secundó Flint.

—Swan no es parte de la Rebelión —insistió Henna—. Ni siquiera lleva la marca de los Rebeldes Orión como todos nosotros.

— ¡Bien, basta de discusiones estúpidas! —Exclamó Raziem con firmeza—. Este asunto no trata de Swan ni de su participación en la Rebelión.

—La defiendes sólo por ser tu amante —le espetó Henna con desdén.

— ¡Basta! —Secundó Sonya con desesperación, su súplica logró calmar los ánimos entre los presentes—. Discutir entre nosotros no nos llevará a nada, debemos mantenernos unidos —añadió—. Hoy leeré nuestro futuro en las estrellas y les diré qué día es propicio para ir a la Ciudad Imperial.

—Y mientras tú haces eso, Aythana torturará a Alice hasta matarla —comentó Henna de mala gana—. Brillante plan, Sonya. Te has vuelto más inútil de lo que fuiste en la casa de Yma.

El tono hiriente de Henna logró provocar un nudo en la garganta de su amiga. Sonya agachó la mirada y sintió cómo sus ojos se cubrían con una capa de lágrimas. Se levantó de golpe y se marchó de la habitación, dando un portazo a la puerta principal de la cabaña.

Blum la siguió tan rápido como su costado vendado y aún adolorido le permitía.

El grupo se sumió en un sepulcral silencio.

Henna también tenía la mirada agachada.

Se había arrepentido de sus palabras en cuanto salieron de su boca pero su enorme orgullo le impidió levantarse y seguir a Sonya para pedir una disculpa. Sintió la palmada de aliento que le dio Flint en la espalda para demostrarle su apoyo.

Sonya tenía razón al decir que debían mantenerse unidos.

Henna dudaba de poder rescatar a Alice de la Ciudad Imperial mientras Sonya se sintiera herida.

Alice vació totalmente su cuenco de humeante sopa.

Swan sonrió de oreja a oreja cuando la chica le pidió una segunda hogaza de pan y un gran trozo de queso para acompañar su estofado. Alice se dio cuenta de que su compañera no paraba de lanzar inquietas miradas hacia la puerta de entrada de la pequeña vivienda donde se ocultaban. Cuando terminó sus alimentos, Alice esperó pacientemente a que Swan comenzara con las explicaciones.

Lo primero que hizo la elfa castaña fue pedirle a Alice que se levantara y se acercó a ella para inspeccionar cada centímetro de su cuerpo. Alice se sintió incomoda, su compañera invadía deliberadamente su espacio personal. Con todo, se mantuvo en silencio. Se sintió sorprendida al percibir el dedo índice de Swan recorrer el borde de su oreja derecha, no recordaba que fuera tan largo. Parecía haber crecido un par de centímetros. Cuando Swan terminó con aquello, se separó de Alice y dijo con tono autoritario:

—Necesito que descubras tu espalda.

Así lo hizo, aunque bastante apenada.

Se sacó el vestido, pues no vio otra opción. Con ambos brazos cubrió su busto mientras Swan la tomaba de los hombros para girarla. Sintió los dedos de Swan acariciando levemente su espalda. El picor desapareció y dio lugar a leves punzadas de dolor. Esbozó una mueca de dolor y maldijo a Swan en su pensamiento pensando que quizá ella lo había provocado.

—Puedes vestirte de nuevo, Alice —dijo Swan y se alejó de ella.

Obedeció y encaró a Swan.

La chica castaña se mostró pensativa y un poco perturbada.

Se sentó sobre el borde de la mesa en la que Alice había comido y sopesó en su mente las palabras que utilizaría para responder a las preguntas de Alice.

— ¿Qué pasa, Swan? —preguntó la chica y Swan la miró—. ¿Porqué mi espalda causa tanto revuelo? —preguntó—. Una mujer, Yma, se aterró al verla. Y ha comenzado a doler cuando tú la tocaste —se quejó.

Swan miró sus dedos como si no creyese que Alice dijera la verdad acerca de eso último. Esbozó una sonrisa y soltó un pesado suspiro antes

de responder.

—Están creciendo un par de alas en tu espalda, similares a las mías —dijo—. Si un hechicero toca tu cuerpo, aunque sea mínimo el roce, acelera el proceso —explicó—. Yo soy hechicera y es por eso que has sentido dolor. Tenías únicamente un par de marcas similares a rasguños verticales en el centro de tu espalda. Con mis dedos he provocado que tus alas se dispongan a salir antes de lo previsto, así que te esperan días sumamente dolorosos.

Alice se sostuvo del borde de la mesa para no caer.

La explicación de Swan la dejó sin palabras.

¿Alas? ¿Por qué crecerían semejantes cosas en su cuerpo?

Swan la miraba divertida, cosa que ofendió a Alice.

—Explícate —exigió la chica—. ¿Porqué mi cuerpo está cambiando?

—Las leyendas dicen que si un humano pasa demasiado tiempo en nuestro mundo, comenzará a convertirse en uno de los nuestros —explicó Swan tranquilamente, Alice sentía que le estaba tomando el pelo—. Después de todo, Astaria es una tierra donde la magia flota en el aire. No es de sorprenderse que ocurran este tipo de cambios. Sin embargo, tus alas…

— ¿Son una mala señal? —inquirió Alice.

Aunque se creía víctima de una broma de mal gusto, muy dentro de su ser sabía que Swan decía la verdad. Había visto, hecho y escuchado tanto en los últimos días que ya nada podía sorprenderle.

Nada, excepto saber que estaba dejando de ser humana.

— ¿Me has escuchado?

La impaciente voz de Swan sacó a Alice de sus pensamientos. Se maldijo a sí misma en su mente por tener ese mal hábito. Debía corregir esa costumbre suya de ensimismarse cuando estaba recibiendo información importante.

—Lo lamento —dijo—. ¿Podrías repetirlo?

Swan entornó los ojos.

—He dicho que las alas son una marca exclusiva de la realeza —repitió Swan de mala gana—. Es lo que nos distingue de los aldeanos y son

hereditarias. Salen en nuestra espalda durante el décimo año de vida, son dos semanas terriblemente dolorosas —confesó y soltó una risilla—. Recuerdo que cuando yo obtuve las mías, mi madre me enviaba a dormir en una tina llena con agua tibia pues sólo de esa forma lograba menguar el dolor…

Se interrumpió y Alice percibió un atisbo de lágrimas en los ojos verdes de la mujer. Supo entonces que algo terrible le había pasado a la mencionada madre de Swan. Recordó de nuevo a su padre, a menudo en el colegio se veía afectada ante la simple mención de su carencia de una figura paterna y su simple recuerdo le provocaba un nudo en la garganta.

—Como decía… —continuó Swan con voz quebradiza, Alice supo que la mujer estaba intentando no llorar—. Un humano que se convierta en uno de nosotros, jamás obtendría un par de alas. Pero la razón de que tú estés obteniéndolas es que no eres una humana común y corriente, Alice.

Aquello era algo que ya esperaba escuchar.

Sabía que no cualquier persona podría llegar a semejante mundo de fantasía y volver a casa para la hora de la cena. Apremió a Swan con una mirada para que continuara con su relato.

—Alice, creo que los Rebeldes Orión te han hablado ya de sus propósitos —dijo.

—Algo que me han dicho —confirmó Alice, le costaba recordar con exactitud todo lo que había aprendido sobre la Rebelión.

—Pues bien, ahora escucharás mi versión de la historia —continuó Swan y Alice asintió con la cabeza—. Te pido que no hagas preguntas hasta que haya concluido con mi relato.

Alice sabía que aquella historia que estaba por escuchar contenía las respuestas a todas sus preguntas, así que permaneció en total silencio.

—Hace ya muchos años, Astaria fue gobernada por mi tía, la Gran Reina Alicia, y su esposo, el rey Flarium. La Gran Reina Alicia tenía dos hermanos: la princesa Dakota y mi padre, Lord Horus, quien abdicó al trono a muy temprana edad.

>> Durante su reinado, la Gran Reina Alicia defendió con ahínco las tierras de Astaria de Aythana y sus hombres hasta que un día, sin previo aviso, Alicia y Dakota desaparecieron sin dejar rastro. Mucho se dice acerca de que la causa de la desaparición fue el uso desmedido de la Magia Negra. Creo que no hace falta decirte que Dakota estaba

involucrada con Aythana.

>> Así pues, el rey Flarium fue asesinado pero Astaria se mantuvo firme. Yo era tan sólo un bebé cuando esto ocurrió y no había descendientes de la Gran Reina Alicia para que subieran al trono. Yo era la única alternativa, pero ni siquiera ahora puedo ser reina pues debo casarme antes.

>> Sin un monarca, Astaria se volvió presa fácil para Aythana y sus hombres, que invadieron nuestras tierras. Aythana se proclamó como la reina y todos en la Ciudad Imperial debíamos ser parte de su corte o morir. Yo, por supuesto, acepté quedarme junto con toda mi familia, pues se decía que tarde que temprano volvería la Gran Reina Alicia para liberarnos. Y es aquí donde entras tú.

>> Las leyendas cuentan que la Gran Reina Alicia volvería en la forma de una chica humana que comenzaría a tener su Conversión desde el primer momento en que pisara tierras Astarianas. Al estar entre nosotros, nos llevaría a la libertad y lucharía contra Aythana para conseguirlo. Esa humana eres tú, Alice. Tú eres la Gran Reina Alicia.

Alice sintió que su cabeza comenzaba a doler, la jaqueca era inevitable.

Repasó mentalmente la información recién obtenida, incrédula y completamente insegura acerca de su destino. Todo comenzaba a cobrar sentido. Era por eso que Jarko la perseguía y Flarium la protegía.

Pero, si estaba convirtiéndose en una elfa, ¿qué sería de Alice Orchide?

¿Pasaría a ser para siempre la Gran Reina Alicia?

Se sintió como una lunática al pensar en aquello. Estaba aceptando que no era una humana común y corriente. ¿Acaso su padre y Leve eran una pantalla que Flarium o alguna fuerza superior habían utilizado para protegerla hasta que estuviera lista? ¿Orión, quizá? ¿Desde niña había sido marcada con esa maldición que la compelía a liderar la Rebelión? A eso se refería Swan, ¿cierto? Ella era la mujer que aparecía en ese hermoso retrato colgado de la pared en la casa de Henna, Sonya y Blum. Le causaba tanta intriga ver a esa mujer porque era como verse en un espejo. Ahora lo entendía.

— ¿Estás bien, Alice? —preguntó Swan.

Sonaba bastante preocupada, la aludida asintió con la cabeza.

—Necesito tiempo para asimilarlo —dijo en un susurro.

—Lamento haber tenido tan poco tacto —dijo Swan y le ofreció una ligera inclinación de la cabeza—. Te ruego, discúlpame, Alice.

—Alicia —la corrigió Alice de mala gana—. Ese es mi nombre.

Aquello era lo que debía responder, ¿cierto? Se sentía tan insegura, las preguntas se arremolinaban en su cabeza. Ahora tenía muchas más dudas.

— ¿Cuánto tiempo me queda como humana? —logró articular en voz casi susurrante.

Quería salir corriendo de ese lugar.

—No estoy segura… —comentó Swan en voz baja.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe entonces y Swan se levantó de un salto. Se relajó al ver a Lord Century en el umbral de la puerta de entrada. El caballero saludó a Alice con una inclinación de la cabeza y miró a Swan.

—Es hora, princesa— dijo con voz apremiante.

Swan asintió con la cabeza.

— ¡Inútil! ¡Sabandija estúpida! ¡Bestia despreciable!

Aythana no tuvo problemas para soltar todo su repertorio de insultos y maldiciones contra Jarko. El pobre animal yacía a sus pies y soltaba agudos chillidos con cada azote del látigo que le propinaba la aterradora mujer para castigarle. Ni siquiera se había dignado a trasladarlo a un calabozo. Jarko había sido azotado en la entrada del castillo, justo donde había recibido Aythana la noticia de que un caballero misterioso había atacado al lobo negro y seguramente se había llevado a Alice. Aythana fue víctima de un ataque de furia y frustración. Alice debía estar muerta en ese momento pero en su lugar, debía estar siendo refugiada en cualquier sitio.

Debía tomar acciones tan pronto como fuera posible.

— ¿Has descubierto al menos en qué punto se ocultan esos malditos

Rebeldes? —le preguntó a Jarko con voz siseante.

Volvió a azotarlo al no tener respuesta.

— ¡Levántate, imbécil! —ordenó, pero Jarko había dejado de moverse.

Aythana escupió sobre él y se retiró.

Toda Astaria sabría pronto que la Gran Reina Alicia había vuelto y recuperarían la esperanza.

Muchos tendrían el valor de levantarse en armas, no podía permitirlo.

La única manera de asegurar que el miedo continuara propagándose entre los aldeanos era asesinando de una vez por todas a su único símbolo de esperanza.

Sabía que al cumplir los veintidós años, Swan debía contraer matrimonio con un caballero de la Corte Real para subir al trono como reina de Astaria. Era Lord Century el hombre con el que se casaría, según lo acordado por sus padres mucho antes de su nacimiento. Y cuando eso ocurriera, sabía que Swan lucharía contra ella. Debía asesinarla, de esa forma no quedaría ninguna duda de que era Aythana la legítima dueña de esas tierras. No tenía miedo de Alicia, no sabiendo que no era más que una humana débil y patética que seguramente no creería a nadie que le explicara lo que significaba para la Rebelión. Pero Swan… Swan representaba un verdadero peligro.

Sin embargo, al abrir la puerta de los aposentos de la joven princesa, Aythana se dio cuenta de que Swan ya no estaba.

Alice tuvo que abrazarse a la cintura de Lord Century para no caer del corcel que montaban.

Swan y el caballero parecían llevar mucha prisa, por un momento se preguntó si acaso alguien los estaba siguiendo. Lord Century no había explicado nada, era como si tuviera una forma de comunicarse con Swan que Alice no podía escuchar o comprender.

Luego de la información recibida pocos minutos antes, a Alice no le habría sorprendido saber que ellos dos se comunicaban telepáticamente o algo similar. Alice no podía ver por dónde galopaban, tenía los párpados cerrados pues el frío viento nocturno le escocía los ojos. La otra teoría que tenía era que Lord Century y Swan querían alejarse lo más posible de la

Ciudad Imperial mientras los abrazara la oscuridad de la noche.

Se moría de frío, hubiera querido que alguno de sus dos compañeros de viaje le cubriera la espalda y los brazos con un abrigo. Tiritaba, pero Lord Century la ignoraba olímpicamente.

El corcel sobre el que viajaban se detuvo de golpe y se irguió sobre sus patas traseras soltando un relinchido. Alice estuvo a punto de caer. Escuchó entonces los gruñidos de las bestias que provocaron que el caballo se detuviera. Sus recientes experiencias le dijeron que eran lobos. Abrió los ojos, una manada de esos cánidos les impedían el paso, Swan los miraba con auténtico odio.

Alice buscó entre la manada el pelaje pardo de Flarium pero su atención se centró en un hermoso lobo blanco de ojos azules. Parecía ser el líder y era protegido por dos lobos grises a modo de guardaespaldas. El lobo blanco se mantenía en silencio e impasible, los gruñidos provenían de los dos lobos grises. Se encontraban en la linde de una zona parcialmente árida, la Ciudad Imperial estaba a poco más de cincuenta kilómetros desde ese punto. Había cantidad de pequeñas cuevas hasta donde alcanzaba la vista. Desde ese punto podían verse dos o tres pequeños oasis. No estaba segura de qué lugar era ese, pero sabía que los lobos lo protegían, a juzgar por su actitud territorial.

—Por milésima vez, princesa Swan —dijo el lobo blanco con su voz grave—. El Paso de los Lobos es territorio restringido, sólo los miembros de la Rebelión pueden cruzarlo.

Alice supuso que Swan no había cubierto su rostro con el sombrero que usaba antes para que los lobos supieran quién era ella. Swan bajó de su caballo y encaró al lobo blanco, los lobos grises gruñeron con más fiereza.

—Jaku, te ordeno que nos dejes llegar al Campamento Orión —dijo Swan con tono autoritario.

—Conoces la ley, princesa Swan —respondió Jaku tranquilamente—. ¿Qué hay en el Campamento Orión para ti?

—Yo soy parte de la Rebelión —dijo Swan sin mudar su tono de voz—. ¿Cuántas veces he de decirlo para que lo creas?

—Sin la marca, no eres nada para nosotros —respondió Jaku.

Alice comenzó a inquietarse.

—Llevo a la Gran Reina Alicia conmigo —dijo Swan.

Por poco cae del corcel a causa de la impresión. No hacía más de media hora que había descubierto su verdadera identidad y ahí estaba Swan, diciendo a una manada de lobos salvajes quién era ella. Alice sintió un escalofrío cuando Jaku la escudriñó con la mirada. Deseó poder estar cerca de Flarium, era la única manera de que se sintiera segura. Ahora sabía la razón, habían estado juntos en otra vida.

— ¿Es ella? —preguntó Jaku sin quitar la mirada de encima de la pobre chica.

—Sí —confirmó Swan—. La llevo al Campamento Orión para que termine ahí su conversión.

Jaku sopesó su respuesta por un segundo.

— ¿Es ella la Gran Reina Alicia? —repitió incrédulo.

—Sigue siendo una humana por ahora —dijo Swan de mala gana—. Necesita un poco de tiempo para terminar de transformarse.

— ¿Eso significa que por fin entraremos en acción? —Inquirió Jaku—. ¿Se levantará en armas la Rebelión ahora que ella ha vuelto?

Alice se preguntó si era Jaku el único lobo capaz de hablar.

—Necesita entrenamiento —intervino Lord Century.

Nuevamente se sintió insegura. Querían entrenarla para algo… ¿Para levantarse en armas? ¿Debía liderar la guerra? Sintió que se desmayaría.

—Dos semanas faltan para la reunión de mi manada con la Rebelión —dijo Jaku tranquilamente.

—Dos semanas es más de lo que necesito para entrenarla —dijo Swan apresuradamente—. Yo me encargaré de eso, la volveré una fiera guerrera.

Jaku la miró incrédulo por un segundo.

— ¿Dos semanas? —preguntó, sólo para rectificar—. ¿Estás dispuesta a cumplir tu palabra?

—Yo quiero liberar a Astaria tanto como tu manada o la Rebelión —respondió Swan—. Dame dos semanas, estará lista para el día de la

reunión.

Jaku asintió con la cabeza sin considerarlo, su manada no bajó la guardia.

—Sólo pasarás tú, princesa —dijo Jaku—. Lord Century se queda aquí.

Alice se preguntó cómo era que Jaku conocía a ese hombre y si acaso el caballero pertenecía también al grupo de los Rebeldes. Swan asintió con la cabeza.

—Y para cumplir mi palabra a Flarium, y asegurar tu seguridad y la de la Gran Reina, enviaré a dos de mis lobos contigo —continuó Jaku y sin retirar su mirada de encima de Alice, llamó a los elegidos—: ¡Gora! ¡Kruth!

Dos lobos de pelaje gris oscuro y brillantes ojos amarillos se separaron de la manada.

No fue difícil para Alice adivinar que el lobo que respondía al nombre de Gora, era hembra. Ambos ofrecieron una inclinación de la cabeza hacia Alice, la chica no supo cómo responder. Se mudó de corcel para viajar con Swan, mientras su compañera se despedía de Lord Century.

—Nos separamos aquí, mi Lord —comentó Swan con pesar—. Tenga cuidado en la Ciudad Imperial.

—Volveremos a vernos pronto, princesa —respondió Lord Century con una inclinación de la cabeza—. Que Orión bendiga su viaje y el de la joven humana.

—Y el suyo, mi querido y fiel amigo —sonrió Swan y estrecharon sus manos.

Alice se preguntó si entre ellos dos no habría algún tórrido romance. Swan montó en su corcel y con Alice a sus espaldas y los dos lobos, Gora y Kruth siguiéndola, continuaron su camino.

Jaku permaneció en silencio hasta que su manada se dispersó y Lord Century se retiró. No confiaba en Swan ni en Alice, esperaba impacientemente a que terminaran las dos semanas para saber si Flarium y la princesa decían la verdad acerca del regreso de la Gran Reina Alicia. Anhelaba la libertad tanto como Henna y sus compañeros, aquellos Rebeldes tenían el entero apoyo de la manada de cánidos que Jaku lideraba. Pero aquella chica humana… ¿Era ella la futura líder de la guerra que se avecinaba?

Dirigió una mirada al cielo. Orión tampoco brillaba esa noche.